

**BRUGUE  
RA**

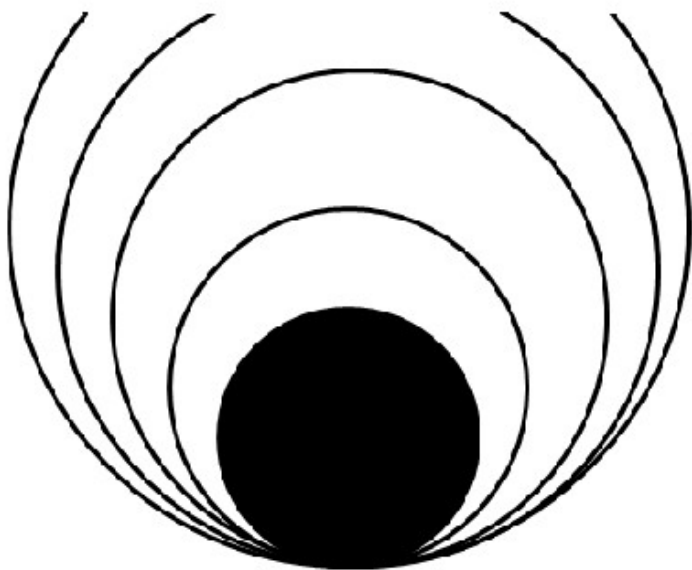
BOLSILIBROS



# Asesinatos a largo plazo

**LOU CARRIGAN**





# **PUNTO ROJO**



ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR  
EN LAS COLECCIONES DE

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**  
**QUE SE DETALLAN A CONTINUACIÓN:**

**Servido Secreto**  
**Punto Rojo**  
**Bisonte Serie Roja**  
**Bisonte Serie Azul**  
**Búfalo Serie Roja**  
**Búfalo Serie Azul**  
**Selección Terror**  
**La Conquista del**  
**Espacio**

**LOU  
CARRIGAN**

**ASESINATOS  
A  
LARGO  
PLAZO**

**Colección PUNTO  
ROJO n.º 1.176  
Publicación  
semanal**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO**

1.a edición en España: marzo, 1985

1.a edición en América: septiembre, 1985

Concedidos derechos exclusivos a favor de Editorial Bruguera, S A  
Camps y Fabrés, 5. 08006 Barcelona (España)

© **Lou Carrigan 1985**

Texto

©**Norma 1985**

Cubierta

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN 84 02 02520-X / Depósito legal: B. 5.691 1985

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Carretera Nacional 152, km 21,650. Parets del Vallés (Barcelona) -  
1985

## CAPÍTULO PRIMERO

Scrane localizó fácilmente su viejo «Toyota», recuerdo de mejores tiempos, en el estacionamiento del Miami International Airport, donde lo había dejado antes de partir, hacia San Francisco. Era fácil fijarse en él, porque seguramente no había otro coche tan sucio en unos cientos de millas a la redonda. Claro que después de ocho días en el estacionamiento...

Todo por culpa de Holden... Bueno, esto no era exactamente cierto. Pensar eso era ser injusto con el amigo Holden, que, a fin de cuentas, había sido amable y atento al avisarle de que su agencia de San Francisco había detectado una pista; todo lo cual indicaba bien claramente que Holden no sólo le recordaba, sino que seguía vigente la orden que tiempo atrás, diera a los empleados de sus varias agencias de investigación para que estuvieran atentos a cualquier pista. No, no era justo por su parte pensar que la culpa había sido de Holden. Y si algo detestaba Scrane en la vida, era la injusticia.

Con el cigarrillo colgado en los labios, Scrane condujo su coche hacia la salida del estacionamiento del aeropuerto, y poco después enfilaba la Airport Expressway. Bien, ya estaba de nuevo en Miami. A seguir esperando. Claro, podía dedicarse él personalmente a la búsqueda, pero eso sí que resultaría ruinoso para su economía. Scrane sabía perfectamente que si hacía tal cosa terminaría con sus fon dos rápidamente, y entonces las cosas se complicarían aún más. ¡Maldito dinero!

Abandonó Biscayne Boulevard poco después del cruce con la North East 79th. Ya estaba llegando a su palacio.

Cuando detuvo el coche frente a su casa, finalmente, Scrane no se apeó en seguida. Encendió otro cigarrillo, y estuvo mirando la casa hasta que lo consumió. No era un palacio en el sentido estricto de la palabra, desde luego, pero era grande y hermosa, y hasta tenía un jardín que, en los tiempos felices, había sido una delicia. Allí, en aquel jardín, Scrane había pasado noches de luna y amor, arrullado por el canto del mar. SI, todo fue bien, todo había ido bien hasta que...

Bien... ¡Hogar, dulce hogar!

Entró en la casa, cerró la puerta, y fue a la cocina. Del frigorífico sacó una lata de cerveza, la perforó y bebió un trago. Con la lata en una mano fue a su despacho, se sentó ante la mesa, encendió otro cigarrillo, puso en marcha el contestador automático, colocó los pies

sobre la mesa, y se dispuso a escuchar las grabaciones de las llamadas que hubiesen hecho durante su ausencia. Quizás algún otro compañero tuviese alguna pista para él. Quizá.

—Nat —sonó una voz femenina—, soy Harriett. ¿Quieres llamarme, por favor?

La expresión de Scrane se suavizó. Ciertamente: no todo es malo en la vida. Aunque a él, después de la pasada experiencia, no sería fácil que volvieran a uncirlo al carro.

—Nat, soy Harriett otra vez —decía el siguiente mensaje grabado—. ¿Todavía no has vuelto o es que no quieres llamarme?

Harriett...

—Nat, estoy enfadada contigo —insistió la voz de la muchacha en el tercer mensaje—. Si no quieres que nos volvamos a ver, dilo y en paz. ¿De acuerdo, antipático?

Ya no había más mensajes. Bueno, ¿quién se iba a acordar de él?

Descolgó el auricular y marcó el número de la casa de Harriett. Harriett Lovinson, rica heredera, domiciliada en San Marino Drive, en San Marino Island, preciosa isleta del grupo de las Venetian, en plena bahía. No se admiten perros ni gente pobre. Para vivir en las Venetian había que tener más dinero que Fuerte Knox, como suele decirse. Harriett Lovinson, un montón de dinero, una quinta con tres sirvientes para ella sola, una vida exquisita. O sea, todo lo contrario de la vida de Scrane...

—¿...?

—Buenas tardes —gruñó Scrane—, Soy Nat Scrane. Quisiera hablar con la señorita Lovinson.

—¡Ah! Bueno, está bien, déjelo.

—¿...?

—No, es igual. Ya volveré a llamar.

Colgó, recuperando en buena medida su anterior malhumor. Le deja recado de que la llame, y cuando la llama no está. ¡Pues si...! Bueno, tampoco era justo pretender que Harriett estuviese todo el tiempo pegada al teléfono esperando su llamada. Ocho días sentada junto al teléfono son muchos días. Aunque, claro, ella no sabía que él iba a estar fuera ocho días. Ni siquiera él lo sabía cuando se fue a San Francisco... sin despedirse de Harriett.

«Eso estuvo mal», admitió Scrane, en voz alta.

Miró el teléfono, miró un sobre con publicidad sobre un viaje que sin duda debía ofrecerse como muy exótico. Rompió el sobre con su contenido en pedazos, lo tiró a la atestada papelería, apagó el cigarrillo en el cenicero lleno de colillas, y se puso en pie. La casa no estaba sucia, pero sí descuidada. Scrane no quería recibir a ninguna mujer allí, de modo que todo se lo hacía él..., cuando le venía en gana, lo que, ciertamente, no sucedía con regularidad. Tenía de todo: lavadora

automática, secadora, frigorífico, lavaplatos, cocina... Bueno, de todo. El «Toyota» fue lo último que se compró, cuando ya la casa estaba al completo de comodidades. Primero, el hogar; luego, su capricho que casi provenía de la infancia de tener un «Toyota». Muy bien, ahora tenía el «Toyota»..., y nada más.

## CAPÍTULO II

Sinfonía número 4 en Mi Menor, Opus 98, de Johannes Brahms.

Otro cigarrillo.

Quietud total a su alrededor, un vaso con whisky en el brazo del sillón, a su alcance. Cuerpo limpio, mejillas recién rasuradas, un cierto aroma de colonia muy masculina. Un viejo, cómodo y alegre albornoz cubriendo parcialmente su atlético cuerpo.

Y de pronto, el timbre de la puerta.

Desde el sillón, y por entre los barrotes adornados con resacas enredaderas, Scrane miró hacia la puerta de la casa. Estuvo a punto de hacer un corte de mangas hacia allí, pero optó por la dulce inmovilidad.

De nuevo el timbre.

Scrane se puso en pie, y fue hacia la puerta, con el cigarrillo colgado de los labios. Su gesto no presagiaba nada bueno para el visitante, pero se desvaneció en cuanto vio de quién se trataba.

—¡Hola, Nat! —le sonrió Harriett.

—¡Hola!

—Me estaba preguntando si estás sordo, pero llegué a la conclusión de que no era así, puesto que oía la música. A menos que la hayas puesto para otra persona. ¿Estorbo?

—Pasa.

—¿De verdad estás solo?

—Con Brahms. ¿Quieres un trago?

—Bueno. Mary me localizó, y me dijo que habías llamado... Me pareció mejor venir a verte que llamarte por teléfono.

—Si para ti es buena la idea, para mí también. ¿Quieres que vaya a vestirme o estoy bien así?

—¡Oh, no seas tonto...! Estás bien así.

—Cuando menos, estoy cómodo. Siéntate donde quieras.

—Es la primera vez que vengo aquí —murmuró Harriett, caminando hacia el salón—, y no entiendo por qué siempre te has resistido tanto.

Henrietta Lovinson se echó a reír, y Scrane se quedó mirándola como fascinado.

—Si te quitases el cigarrillo de los labios, te besaría —murmuró Harriett.

Scrane dejó caer el cigarrillo al suelo, y lo aplastó. Harriett se

colgó de su cuello, y lo besó en los labios. Scrane había esperado otra clase de beso: de encuentro, simplemente. Pero el beso se prolongó tanto que comenzó a inquietarse. En su dura boca, la boca de Harriett era pura miel; en sus manos, la cintura de ella era tierna y cálida. Se dio cuenta, de pronto, de que estaba en plena erección, y que Harriett, en total contacto con él, no tenía más remedio que haberlo notado.

La apartó.

—Nat —dijo luego ella, de pronto—. ¿Tienes algo contra mí?

—Claro que no —se sorprendió él.

—Entonces, ¿por qué me haces esto?

—¿A qué te refieres?

—Me da la impresión de que rehúyes. Ni tú ni yo estamos obligados a nada el uno respecto al otro, ¿verdad?

—He estado fuera de Miami, eso es todo.

—Cuando estás aquí tampoco eres muy amable.

—No seas tonta —gruñó él—. Tengo mal carácter, eso es todo.

—Pero..., ¿te gusto?

—Más bien sí.

Harriett parpadeó.

—¡Más bien sí! —exclamó—. ¡Yo me paso el tiempo pensando en ti, y tú dices «más bien sí»!

—La verdad es que me gustas mucho, pero no veo qué objeto tiene todo esto, Harriett.

—Está bien. ¿Dónde has estado, si puedo saberlo?

—En San Francisco. Me... llamó un amigo de allá, y tuve que ir para echarle una mano.

—¿Has ido a investigar algo?

El gesto de Scrane se nubló.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué sabes tú de todo esto?

—Eres extraordinario —se sorprendió ella—. ¿Acaso te sorprende que me haya interesado por ti? Sé muy bien que eres un gran investigador, y que...

—Harriett... Harriett, cállate. Estás hablando de cosas pasadas. Ya no investigo nada, no trabajo. No sé qué has llegado a saber de mí, pero olvídalos, ¿quieres?

—Ya sé que hace muy poco que nos conocemos —tembló la voz de la muchacha—, pero no creo que debas tratarme tan fríamente, como... como a una extraña total. Creo... creo que será mejor que me vaya...

—No pretendía herirte, Harriett. Y no es lo que dices. Es sólo que no quiero hablar de las cosas que ya pasaron. Si alguna vez es necesario hacerlo, lo haré. Veamos: ¿por qué me has estado llamando?

—No sé si eres tonto, o sólo lo pareces...

—Tranquilízate —sonrió Scrane—. Está bien, no compliquemos

más esta conversación.

—Nat: te amo.

—Harriett: eres preciosa...

—¡Si dices eso es que te gusto mucho! —rió ella; saltó con gesto rápido y gracioso, y quedó sentada en las rodillas de él—, ¡Oh!, Nat, ya está bien... Seamos normales, ¿quieres? Me produces la ¡m presión de un hambriento rechazando comida. Y eso no es normal.

—Si permaneces sentada en mis rodillas te darás cuenta de lo muy normal que soy.

—Ya me di cuenta antes —le miró Harriett maliciosamente.

Deslizó una manita hacia el velludo pecho de él, por debajo del albornoz, y al mismo tiempo lo besó en la boca. Scrane estuvo un instante inmóvil, y luego apartó casi rudamente a la muchacha.

—¿Qué te pasa? —protestó ella.

—¿Entiendo que has encargado una investigación sobre mí? ¿Para saber si podía ser digno de ti?

—No... No ha sido por eso, quiero decir. ¡Pero lo hice personalmente, no recurrí a nadie!

El gesto de él se tomó sarcástico.

—De modo que hiciste de detective. Vaya, en otros tiempos te habría contemplado como una competidora, pero ya... ¡Bah! Bueno, ¿y qué supiste en tus indagaciones?

—No tenemos por qué hablar de eso ahora, Nat.

—¿Qué averiguaste?

Harriett aspiró hondo, resignada.

—Supe que habías estado casado, y que habías tenido una hija, una niña que... que... ¡Oh, Nat!

—Sigue.

—La niña, tu pequeña Jenny..., murió. Luego, te divorciaste de tu esposa, y ella se fue.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—Te diré algo más, Harriett: tengo treinta y siete años, una profesión que siempre me gustó, pero que he abandonado, y unos pocos miles de dólares en el banco. Este es mi saldo. En cambio, tú tienes veintiséis años, una casa en San Marino Island, una cuenta cor...

—Mi saldo no es mejor que el tuyo —le interrumpió Harriett—, No entiendo tu actitud, Nat. Somos un hombre y una mujer.

—Tu información sobre mí no fue precisamente un éxito, dulce Harriett: no estoy divorciado. Todavía estoy casado.

—Pero a mí me dijeron...

—Debiste recurrir a un detective privado; con seguridad, cualquiera de mis antiguos colegas te habría conseguido una información completa y correcta.

—Bien... Oh, bueno, ¿qué importa? Quiero decir, a menos que no pienses divorciarte nunca.

La mirada de Scrane se desvió hacia el ventanal, oculto por las cortinas, en las que había una luz de anochecer. Por un instante, en su mente sonaron risas y besos, y destelló la imagen de una noche de luna y de amor. Luego oyó aquella otra risa de ángel, la de su pequeña Jenny... Como en una película privada, refulgente, vio el rostro infantil, los menudos dientes blancos, las pequeñas manos tendidas hacia él. Y el rostro de su esposa, también. El bello rostro de Eleanor, sus grandes ojos oscuros, su boca roja, sus cabellos negros, negros, negros, ondulados y brillantes; y el pequeño lunar bajo la oreja... ¡Qué hermosa era Eleanor!

De pronto, hubo como un chasquido en su cabeza, y Scrane regresó a la actualidad, a la realidad inamovible. Harriett le estaba mirando fijamente, como asustada.

—¿Te encuentras bien, Nat?

—Sí, sí... ¿De qué hablábamos?

—Yo te preguntaba... si pensabas divorciarte, ya que dices que no lo estás.

—Ah, sí. ¿Divorciarme? Sí, desde luego.

Harriett consiguió una tímida sonrisita.

—En ese caso, no hay problema, ¿verdad?

Volvió a besarlo en la boca. Scrane correspondió al beso, pero con cierta cautela. La lengua de ella buscó la suya, y entonces él subió su mano derecha hacia el escote de la blusa; se introdujo allí, y notó el suave y tibio contacto, tan delicado, tan turgente... Se estremeció.

Harriett apartó la boca lo justo para preguntar:

—¿Y ahora...?

—Harriett, será mejor que te vayas.

—¿Quieres que me vaya? —expresó su incredulidad.

—Eso he dicho. Por favor.

Scrane retiró la mano del pecho de ella, y Harriett hizo lo mismo. Se puso en pie, lentamente, sin dejar de mirarlo. Fue adonde había dejado su bolsito, lo recogió, y se volvió a mirar a Scrane.

—¿Nos veremos mañana? —murmuró.

—He estado fuera ocho días. Tengo muchas cosas que hacer.

—Sí, comprendo... ¿No quieres que nos veamos más?

—No he dicho eso.

—Este fin de semana nos reunimos algunos amigos en mi casa. Me... me gustaría que vinieras.

—Los fines de semana los tengo siempre ocupados.

—Ya. ¡Adiós, Nat!

—¡Adiós, Harriett!

La puerta se cerró tras la muchacha. Scrane terminó su whisky de

un trago, dejó el vaso, y se pasó las manos por la cara. Estaba frío como un muerto.

—Bueno, ¿y por qué no? —exclamó de pronto.

Se puso en pie vivamente, fue a su despacho, y cerró la puerta con un tremendo golpetazo. Se sentó en el sillón giratorio, y marcó el número de la casa de Harriett..., mientras su mirada quedaba fija en la fotografía que había clavada en la puerta, y que antes no había estado visible, al permanecer ésta completamente abierta... Un rostro hermoso, a pesar de que toda la fotografía se veía llena de diminutos puntitos negros...

—¿...?

—Soy Nat Scrane. ¿Es usted Mary, la doncella de la señorita Lovinson?

—Bien. ¿Será tan amable de decirle a la señorita Lovinson que he cambiado de opinión, y que acepto su invitación para este fin de semana?

—Muchas gracias. ¡Adiós!

Colgó, con gesto resuelto. Eso: ¿por qué no? A fin de cuentas, él estaba vivo, y no podía dedicar su vida sólo a aquella absurda persecución, a la búsqueda de aquella pista que... De pronto, reparó en que estaba viendo el rostro lleno de diminutos agujeritos, miles de pequeñísimos puntitos negros.

Abrió un cajón de la mesa, sacó una caja de cartón llena de dardos, y volvió a mirar la fotografía. Se echó hacia atrás en el sillón, puso los pies en la mesa, colocó la caja de cartón sobre el vientre, y tomó uno de los dardos. Apuntó calmosamente, y lo lanzó. Sí, justo en el ojo derecho.

—Ahora, en el izquierdo —dijo.

El último lo clavó entre las cejas de la fotografía de la hermosa mujer.

### CAPÍTULO III

Si se tomaban las cosas con calma, realmente era un agradable paseo. El mar era hermoso. La tarde era hermosa. La vida podía ser hermosa, incluso para un sujeto como él, pura hiel y vinagre.

La visión de la quinta de los Lovinson, ahora sólo de Harriett, huérfana y millonaria desde hacía tres años debido a un accidente del avión en el que viajaban sus padres, no le impresionó demasiado. No era rico, ni nunca lo había sido, pero había visto cosas incluso mejores que aquélla. En realidad, no debían quedar muchas cosas en el mundo susceptibles de impresionar a Scrane.

Metió el coche en la quinta, y lo detuvo frente a la casa, en el extremo opuesto de la pequeña explanada, donde había ya cuatro coches. Los identificó fácilmente mientras se apeaba, mirándolos distraídamente; había un «Chevrolet», un «Cadillac», un «Dodge», y un «Thunderbird» casi tan antiguo como su viejo «Toyota».

Hermosa casa.

Le abrió la puerta una jovencita rubia y más bien fea. Chocante.

—Buenas tardes. Soy Scrane.

—Sí, señor Scrane... Tenga la bondad de pasar.

Scrane cruzó el amplio vestíbulo en pos de la muchacha, a la que había identificado por la voz; Mary, la doncella particular de Harriett.

Scrane sintió como una ligera oleada de calor al recordar el tacto de los pechos de Harriett. Había sido un estúpido con ella, sin duda alguna. Sólo un estúpido cretino como él podía haber rechazado lo que, sin duda alguna, Harriett había ido a ofrecerle dos tardes antes a su casa.

Bueno, hay cosas que todavía tienen arreglo...

La doncella abrió la doble puerta del salón, y entró precediéndole.

—El señor Scrane —anunció.

En seguida, uno de los hombres se adelantó, con la mano cordialmente tendida y sonriendo.

—Pase, pase, Scrane... ¿Qué tal?

—Bien, gracias —aceptó Scrane la mano.

—Soy Leander Vallance. Venga, le presentaré a los demás..., si le parece bien. Harriett está arriba, con las demás mujeres.

Scrane asintió, mientras dejaba de escrutar a Vallance para mirar con más detenimiento a los otros tres a medida que le eran presentados. Scrane no era de los que no escuchan las presentaciones.

Por el contrario las escuchaba muy bien, y recordaba para siempre caras y nombres. Pero, sobre todo, recordaba los apretones de manos; a este respecto tenía un fino instinto, y, como lo sabía, era el que utilizaba para clasificar a las personas..., aunque una mirada al fondo de los ojos siempre ayudaba, claro está.

El apretón de manos de Leander Vallance había sido aceptable, y también le pareció aceptable su aspecto. Era un hombre que debía rondar los cuarenta, alto y elegante, deportivo, sano, de mirada directa; sus ojos eran oscuros, sus cabellos castaños, con algunas cañas, muy pocas, y había en su boca de labios grandes y sólidos una sonrisa que casi resultaba agradable.

Los otros tres eran Dave Gibbons, Adolph Manning y Jasper Kenwell.

Dave Gibbons tenía la mano blanda y lánguida, la expresión tierna, unos grandes y bellos ojos azules, y unos cabellos rubios deliciosos, quizás excesivamente largos. A sus... ¿treinta?... años resultaba un hermoso y encantador muchacho. Demasiado encantador, opinó Scrane.

En cambio, Jasper Kenwell, cuya edad debía estar cercana a los cuarenta y cinco, era un hombre de apretón de manos sano, fuerte y directo; quizás incluso demasiado fuerte. Sus ojos eran grises, de mirada lenta y escrutadora. Esto, y el trazo de su boca, grande y dura, lo clasificó muy pronto: era un luchador. Un luchador de buenos modales, no atractivo, pero si interesante, con sus muchas canas y su aspecto sólido, indestructible. Lo que no acabó de gustarle a Scrane fue el hecho de que Kenwell se tiñera el cabello. Por supuesto, su peluquero era de alta calidad, pero unos cabellos teñidos son unos cabellos teñidos, por muy bien que esté realizado el trabajo.

El que no se teñía los cabellos, y por tanto se veían sus muy abundantes canas, era Adolph Manning, un hombre de estatura más bien reducida, delgado, de aspecto un tanto frágil, pero de mirada inteligente y reposada. Era el de más edad, Scrane la calculó unos cincuenta y cinco años. A juzgar por las visibles bolsas blandas y oscuras bajo sus ojos, su corazón debía andar un poco a sobresaltos. Pese a todo, fue el apretón de manos que más gustó a Scrane: seco y concreto, ni blando ni excesivamente fuerte, como había sido el caso de Jasper Kenwell.

—Las mujeres están arriba —dijo Vallance, tras las presentaciones.

—Venga, señor Scrane —pidió Manning—. Siéntese aquí. ¿Le apetece una copa? Lo cierto es que Harriett nos pidió que le atendiésemos si llegaba antes de que ella bajase, pero estos cabezotas no son lo bastante amables. ¿Whisky? ¿O prefiere martini?

—Martini, gracias.

Se sentó en un sillón, lanzando un rápido vistazo alrededor. Todo estaba ordenado y limpio allí, todo era de primera calidad, de buen gusto, elegante.

Dave Gibbons se sentó en otro sillón, cerca de él.

—¿Sabe, Scrane? —sonrió—. Teníamos mucho interés en conocerle: Harriett habla con mucho entusiasmo de usted.

—Es evidente que Harriett se entusiasma con poca cosa.

Vallance se quedó mirando sonriente a Scrane.

—¿Eso es modestia, Scrane?

—No.

—Entonces debemos entender que usted mismo se tiene en muy poca estima.

—No tengo nada de qué enorgullecerme.

—Oh, vamos —protestó melosamente Dave Gibbons...— ¡Es usted un hombre muy interesante, Scrane! Tiene buena planta, es atractivo... ¡Y le sientan muy bien las sienes plateadas!

Scrane miró con gesto sarcástico a Gibbons.

—Las sienes plateadas solamente las tienen los ricos. Los que no lo somos, las tenemos, todo lo más, de aluminio. Quiero decir que serían unas sienes... aluminizadas, supongo.

—En todo caso —dijo Manning reposadamente—, es usted tan pobre que ni siquiera tiene mucho aluminio en sus sienes, Scrane. Yo diría que apenas media docena de canas. En cambio, yo... ¡Bueno! Lo mío ya no tiene remedio: soy un viejo..., lo que es peor que ser pobre.

—Siempre le queda el recurso de teñirse el cabello —dijo Scrane—. En cambio, a mí no me admitirían que arreglase billetes de a dólar añadiéndoles tres ceros al uno.

—Mmmm... ¿Y a qué se dedica usted, Scrane? —preguntó Gibbons.

—¿No se lo ha dicho Harriett? —lo miró Scrane.

—Pues no... No.

—Soy poeta.

—Vaya una sorpresa —murmuró Vallance—. Habríamos imaginado cualquier cosa menos esto, Scrane.

—Ya ve.

—¿Y podría usted... quiero decir, sería tan amable de recitarnos algunos de sus versos? —pidió Dave Gibbons.

—Si, con mucho gusto. Veamos...

*En este mundo  
asqueroso  
sueña el ciervo, sueña  
el oso,  
sueña la mujer, sueña*

*el esposo,  
pero aunque  
queramos soñar,  
no dejamos de ser  
despojos.*

—Bueno —dijo Manning—. No deja de ser un poema... interesante, desde luego.

—Yo diría que es desalentador —gruñó Jasper Kenwell—. Eso de sentirnos despojos no resulta agradable.

—A mí no me parecen unos versos muy correctos, francamente —dijo Vallance—, Y no me refiero a su significado, claro está, sino a su construcción. Parecen como... improvisados.

—¡Oh!, pero son buenos si tienen un mensaje —exclamó Dave Gibbons—. ¡Y los versos de Scrane lo tienen! ¿No es así, Scrane?

—Todo tiene mensaje —asintió Scrane.

—Todo, no —negó enérgicamente Gibbons.

—Yo creo que sí. Por ejemplo, la palabra «imbécil».

—¡Eso es un insulto!

—Por supuesto. Aunque a veces, puede ser solamente una simple definición. En ambos casos, no cabe duda de que contiene un mensaje: quien pronuncia la palabra «imbécil» envía a la otra persona el mensaje de lo que opina de ella.

—Bueno, eso es bien cierto —rió Kenwell—, Es usted muy agudo, Scrane.

—Sólo soy un poeta. ¿Y ustedes, qué son?

—¿Tampoco eso se lo ha dicho Harriett?

—La verdad es que Harriett y yo no hemos hablado de muchas cosas. Yo diría que estamos empezando a conocernos.

—¡Ah!... Claro. Bien, no hay mucho que decir de nosotros, se lo aseguro: todos trabajamos en la misma empresa, la «World Confections Ltd.» Es una empresa dedicada a la fabricación de ropas de confección, que exportamos a todo el país y a varios clientes en el extranjero. Los cuatro, junto con la viuda de Ambler, y con Harriett, que heredó las acciones de sus padres, somos los propietarios, y naturalmente, ocupamos los cargos decisorios...

—Y se reparten los beneficios.

—Naturalmente —alzó las cejas Kenwell—: por ejemplo, Adolph es el presidente del consejo de administración, yo soy el director-gerente, Vallance es el tesorero, Dave es nuestro creador artístico...

—¡ Ah! ¡Muy adecuado!

—¿El qué? ¿A qué se refiere?

—A Dave —Scrane miró a Gibbons—. Muy adecuado eso de la creación de modelitos y cosas así. Dave es homosexual, ¿verdad?

Las voces femeninas que comenzaron a llegar desde el vestíbulo disolvieron la tensión. En un instante, fue como si nada ocurriese, como si nada especial se hubiese estado hablando.

## CAPÍTULO IV

Harriett Lovinson fue la primera en entrar, y corrió hacia Scrane y lo besó suavemente en la boca.

—¿Hace mucho que has llegado? —se interesó—. Perdona que no te haya recibido personalmente, pero...

Las mujeres también estaban en número de cuatro, contando a Harriett. La más bonita y joven era Emily Gibbons, hermana de Dave, que debía tener poco más de veinticinco años, y que era la esposa nada menos que de Adolph Manning. Chocante. Era alta, muy esbelta, de ojos grandes y azules, como los de su hermano, y una preciosa boca sonrosada, larga, sonriente...

Estaba también Grace Ashenden, viuda de Walter Ambler, que había sido accionista de la empresa, y que al morir dejó a su viuda todas las acciones, entre otras cosas. Grace era quizá demasiado gruesa y maciza, un poquito baja, pero a sus treinta y pocos años resultaba todavía apetitosa; sumamente apetitosa, con sus pechos grandes y extraordinariamente blancos, y boca gruesa y roja, sus ojos relucientes...

Finalmente, Blanche Vallance, la esposa de Leander, una pelirroja de sonrientes ojos verdes y formas rotundas, sensuales. Debía tener unos treinta años, y formaba una magnífica pareja con Vallance. Sus pechos, casi completamente visibles debido a la brevedad de la parte alta del vestido de noche, eran casi tan grandes como los de Grace Ashenden, y estaban profusamente salpicados de pecas, como su atractivo rostro riente.

—¡Bueno! —exclamó Kenwell, cuando apenas estuvieron terminadas las últimas presentaciones—, ¿Podemos saber ya en qué consiste todo este misterio femenino?

—¡No! —rió Grace—, ¡Eres demasiado curioso, Jasper!

—¿Cómo, demasiado curioso? ¡Es natural que queramos saberlo! Vamos, digo yo que no debo ser el único en sentir curiosidad, ¿eh?

—Está bien, está bien —movía Harriett las manitas en el aire—. Os lo diré. Pero me parece que le habéis dado demasiada importancia.

—Al grano, al grano —exigió Vallance.

—Simplemente, les he mostrado la última ropa interior que me he comprado, y que me llegó hace un par de días de Nueva York.

—¿Eso es todo? —se sorprendió Kenwell.

—Bueno, ¿qué esperabas? —le increpó Grace.

—Pues no sé, pero...

—Hay cosas que los hombres no entenderéis nunca —refunfuñó Grace.

—Quizá —sonrió Vallance—, pero creo que, a fin de cuentas, a todos nos gusta la ropa interior de señora. ¿La llevas puesta ahora, Harriett?

—¡No! —rió la muchacha.

—Lástima: habría sido una buena ocasión para que la viésemos todos. En fin... ¿Queréis beber algo?

—Yo tomaré lo mismo que Nat —dijo Harriett.

—Entonces, martini, de acuerdo. ¿Y las demás?

Scrane tocó en un brazo a Harriett.

—Quiero hablar contigo —musitó.

Harriett miró a sus socios e invitados, pero no parecían hacerle demasiado caso, estaban conversando entre sí, gastándose bromas no menos viejas que la del jardinero de la casa. La muchacha sonrió, tomó de una mano a Scrane, y tiró de él. Cruzaron el vestíbulo, y entraron en un saloncito-biblioteca, al otro lado del mismo. Apenas hubo cerrado la puerta tras ellos, Harriett se colgó del cuello de Scrane, y lo besó en la boca, ofreciendo su tierna y cálida lengüecita. El aroma de carne de mujer perfumada, ya casi olvidada por Scrane, lo turbó durante unos segundos, que Harriett dedicó a besar lo a fondo, apretando su vientre contra el de él. A través de la fina y liviana tela del vestido, Scrane percibió en sus genitales el calor del cuerpo femenino.

Se apartó de pronto, rudamente, y Harriett lo miró sorprendida, con cierto temor a sus imprevisibles reacciones.

—¿No era esto lo que querías? —susurró.

—No. Y tampoco me gusta que... que me examinen al microscopio.

—No te comprendo.

—Tus amigos..., ese grupo de cretinos, me han estado interrogando sobre mí y mis cosas. ¿Qué pasa? ¿Se lo has pedido tú o ha sido iniciativa de ellos?

—¡Oh!, no, Nat... ¡No empieces otra vez! Cuando te llamé por teléfono para decirte a qué hora podías venir, me pareció que estabas contento y tranquilo.

—Lo estaba. Pero no me gusta que un montón de dólares me mire como si yo fuese una basura.

—Nat, estás equivocado... Ni yo les pedí que te hiciesen preguntas, ni ellos han podido hacerlas con ninguna mala intención. Quizás hayan... Bueno, es posible que piensen que deben protegerme, eso es todo.

—¿Eso es todo?

—Nat, por favor..., ¿qué te pasa?

—Puede que el cretino sea yo —murmuró—. Les he recitado un verso idiota y deprimente, he aludido los cabellos teñidos de Kenwell, he llamado homosexual a Dave...

—¡Oh, Nat!

—Lo siento —gruñó él—. De verdad lo siento. Temo que lo he estropeado todo, Harriett. Pero creí que ellos...

—Olvídalo. Ya verás como todo terminará bien. Ellos no te lo tendrán en cuenta. Saben que te quiero, y nunca harían nada que pudiese lastimarme.

—Lo siento —repitió Scrane.

Ella sonrió, y volvió a besarlo. Scrane la abrazó por la cintura, y correspondió larga y cumplidamente al beso, hasta que notó que la respiración nasal de Harriett se iba espesando, como ahogando... La apartó.

—Me he dado cuenta otra vez de que eres muy normal.

—Lo siento —gruñó él.

—¡Oh, Nat, por Dios, eres tonto...!

—Lo que soy es un aguafiestas. ¿Seguro que puedo volver allá sin que me acribillen a balazos?

—¡Vamos a probarlo! —rió Harriett.

Salieron del saloncito, y regresaron al salón grande, tomados de la mano. Apenas hubieron entrado, Vallance llamó a Scrane.

—¡Eh, Scrane! ¿Cómo era aquel verso, el del ciervo y el oso y de los despojos...? ¡No consigo recordarlo!

—¡Qué interesante, un poeta! —puso Grace los ojos en blanco—. ¡Scrane, recítenos algunos versos, por favor!

—Pero que no sean los de los despojos —refunfuñó Manning—. A mí me gustan cosas más vitales y alegres. ¿Es posible, Scrane?

—¿A qué esperas? —rió Harriett, mirándole regocijada—, ¡Estamos esperando tus versos, poeta!

\* \* \*

El que sí sabía bonitos versos era Dave Gibbons, y había recitado algunos durante la cena. Después de ésta, cuando regresaron al salón a tomar café y licores, Scrane se acercó a Gibbons, y le murmuró unas disculpas por lo de antes. Dave se limitó a sonreír, encogió los hombros, y le dio unas palmaditas a Scrane. Eso fue todo. A Jasper Kenwell prefirió no decirle nada sobre sus cabellos teñidos. Qué demonios, si no quería alusiones sobre esto, que no se los tiñera, así de fácil.

Después de servir el café y los licores, Mary se ausentó unos minutos, para reaparecer haciéndole señas a Harriett, que acudió a

conversar con ella unos segundos. Scrane captó el gesto alegre de Mary, y lo comprendió cuando Harriett regresó a sentarse en el sofá junto a él, y le explicó que, finalizado su trabajo por aquella noche, Mary le había pedido permiso para pasar la noche fuera de casa. Scrane sabía ya que el permiso había sido concedido, sólo había que tener en cuenta la sonrisa alegre de Mary. Y también había comprendido ya las bromas sobre el jardinero Jervis y la cocinera Katty. Jervis era un simpático viejales de más de setenta años, lo que parecía suficiente para apartarlo de combates con dos mujeres; ni siquiera con una. En cuanto a Katty, era una gorda negra de más de cincuenta años, cuyo mayor placer en la vida consistía en que alabasen su cocina. Y por último, la simpática Mary, se disponía, natural mente, a pasar la noche con alguien que, ciertamente, no sería el viejo Jervis, que se había retirado muy temprano a descansar... Bueno, todos podemos equivocarnos, pero Scrane había estado metiendo la pata hasta el pescuezo.

—Supongo que has traído pijama —dijo Harriett.

—Claro. Aunque no veo qué objeto tiene que me quede, ni que se queden los demás, si todos vivimos en Miami.

—¿Sabes, Nat? ¡De verdad eres un aguafiestas! Esto lo venimos haciendo hace tiempo, cada vez en una casa. Nos gusta estar juntos, y charlar de nuestras cosas. Además, mañana iremos todos en el yate de Adolph a pasar el día en el mar. Está en el embarcadero, frente a la casa. ¿Lo has visto?

—Bueno, he visto varios yates... Supongo que es normal por aquí tener el yate a la puerta de casa.

—¿No te gusta navegar?

—Sí me gusta. Mucho.

Mientras conversaba con Harriett, Scrane iba echando vistazos a los demás. Dave Gibbons estaba dibujando un modelo que se le había ocurrido durante la cena, y Grace Ashenden, los Vallance y Adolph Manning lo miraban, y hacían comentarios. Cerca de la gran chimenea, de pie, Jasper Kenwell conversaba con la estilizada y encantadora Emily, que parecía muy seria. Kenwell estaba de espaldas a Scrane, pero Emily estaba de frente, la veía perfectamente. No parecía contenta, ni mucho menos. De pronto, hizo un gesto brusco, y se alejó de Kenwell, que se volvió a mirarla. Pero Scrane no miraba a Kenwell, sino a Emily, cuyo disgusto era evidente, si bien pronto recuperó su sonrisa y se acercó al grupo formado alrededor de Dave Gibbons, su hermano. Scrane miró entonces a Kenwell, que se dirigía, mohíno el gesto, hacia Emily. Llegó junto a ella, y la tocó en un brazo, pero Emily se apartó rápidamente, y rodeó el grupo para colocarse al otro lado. Scrane captó la mirada de Emily hacia él, y desvió la suya rápidamente hacia sus velludas manos.

—Nat: ¿te estás aburriendo? —le preguntó Harriett.

—No... No, de veras.

Harriett tiró de Scrane hacia la puerta, diciendo:

—Volvemos en seguida. Preparadnos algo.

Scrane salió del salón todavía mirando a Emily, cuya expresión era tensa, preocupada. Todavía pudo echar un vistazo a Kenwell, pero le pareció que estaba normal.

Llegaron al coche, él sacó su bolsa de viaje, y cuando se disponía a emprender el regreso a la casa, Harriett se abrazó a su cintura. Estuvieron besándose cuatro o cinco minutos. Scrane bajó cuidadosamente el vestido de Harriett, dejando al descubierto sus pechos, y los besó. Ella gimió, se abrazó con fuerza a él, y buscó de nuevo su boca. Scrane notó otra vez su cálido vientre en sus genitales, cuya erección era imposible de ocultar. Mientras se besaban, puso bien el vestido de la muchacha, ocultando sus senos. Luego, la apartó.

—Harriett, debemos volver...

—Sí... —murmuró ella—. Sí, Nat. Y cuanto antes, mejor.

## CAPÍTULO V

Scrane no comprendió las últimas palabras de Harriett hasta que, poco más tarde, tras la última copa y últimas bromas en el salón, y ya en el dormitorio que le habla sido asignado, estaba en pijama terminando de limpiarse los dientes.

Fue justo en ese momento cuando oyó la voz de Harriett: —¿Nat?

Scrane se pasó la toalla por la boca, se miró al espejo, y frunció el ceño, como siempre. Luego, salió del cuarto de baño dentro del mismo dormitorio, y se detuvo en seco al ver a Harriett. Ella llevaba un salto de cama de color azul celeste, y, debajo, sólo unas diminutísimas braguitas del mismo color y tan transparentes como el salto de cama. Suelos los cabellos, descalza, resplandecientes los ojos..,

Llegó ante ella, que sonrió, con leve temblor de labios. Scrane los besó, ligeramente. Luego, despacio, desanudó el lacito del salto de cama, se lo quitó, y lo tiró a un lado. Estuvo unos segundos mirando los preciosos pechos dorados y tiernos de Harriett, su liso vientre, sus tersas caderas...

Luego puso sus manos en la delgada cintura, y atrajo hacia sí el libio y juvenil cuerpo palpitante.

\* \* \*

Las noches de amor y luna habían vuelto. Junto a él, Harriett dormía apaciblemente, profundamente, en el silencio de la noche. En la ventana se veía el resplandor de la Luna. Quizás era ya cerca de la una de la madrugada, pero Scrane no podía dormir.

No todo era malo en la vida.

Todavía sentía la dulzura del último orgasmo que habían vivido juntos, era como... como si todavía la estuviese poseyendo, penetrando profunda y ansiosamente, y oyendo junto a su oído los dulces gemidos de la muchacha una y otra vez.

Se volvió a mirarla, cuidadosamente. Los dos estaban completamente desnudos. Pudo ver su delicado cuerpo maravillosamente terso, el vello de su sexo, las formas de sus pezones fatigados...

El grito llegó de pronto, de un modo... irreal. Tan irreal que Scrane pensó que había sonado sólo en su mente, así que quedó inmóvil, desconcertado y expectante a la vez.

Y sí: el grito se repitió en seguida, ahora más alto, más agudo, más prolongado. Y en seguida otra vez...

Scrane se sentó vivamente en la cama, y Harriett abrió los ojos, murmuró algo, y en seguida se sentó junto a él.

—¡Nat! ¿Qué...?

En el mismo momento en que Harriett hacía la pregunta, sonaba otro grito, que era en realidad una prolongación de los anteriores, que formaban todos el mismo grito, y Scrane saltaba de la cama rápidamente, directo hacia donde había quedado su pijama.

—¿Qué... qué pasa? —exclamó Harriett.

—No lo sé. Iré a ver.

Se puso los pantalones del pijama, y corrió hacia la puerta del dormitorio poniéndose la chaqueta del mismo. Salió al pasillo. En alguna parte oyó ruidos inconcretos, y al mismo tiempo vio la luz que salía por una de las puertas, abierta a medias. Corrió hacia allí, empujó la puerta abriéndola completamente, y lo primero que vio fue a la mujer, de espaldas a él, llevando solamente una «baby-doll» transparente de tonalidad morada. Ella estaba encogida, con las manos en el rostro, o quizás en la boca, un poco inclinada hacia el suelo. Cerca de sus pies, casi en el centro exacto de la habitación, Scrane vio el cuerpo tendido. Un cuerpo de hombre, ataviado con un pijama de color crema.

Un color crema en el que destacaban escandalosamente los manchurroneos de sangre, de la cual se veían salpicaduras en todas partes, incluso sobre las blancas sábanas de la cama abierta. Pero Scrane, de momento, no vio todo esto. Sólo vio al hombre tendido, y se acercó rápidamente, apartando a la mujer, que había identificado en seguida por su tamaño y estatura: era Grace Ashenden, viuda de Walter Ambler. Todavía estaba chillando, pero Scrane se desentendió de ella. Se arrodilló junto al hombre, y se estremeció al ver su rostro y la parte superior de la cabeza convertidos en un amasijo sangriento: Jasper Kenwell.

En la puerta del dormitorio aparecieron más invitados, gritando, haciendo preguntas, terminando de ponerse batas y saltos de cama... Scrane se acercó a Grace y Harriett. Grace gritó con más fuerza, e inmediatamente rompió a llorar, con gran estruendo.

—Sácala de aquí —pidió Scrane a Harriett, cuyos ojos estaban casi tan desorbitados como los de Kenwell.

—Dios mío —se acercó Da ve, demudado el rostro—. ¡Dios mío!

—Salga usted también —ordenó Scrane—. ¡Que nadie toque nada!

Vallance entró también al dormitorio, lívido como un muerto, y se quedó mirando a Jasper Kenwell. Scrane lo agarró de un brazo, y tiró de él hacia la puerta. Los que estaban allí retrocedieron, y en

pocos segundos todos quedaron reunidos en el amplio pasillo, donde Harriett consolaba a Grace, que lloraba ahora más naturalmente,

—Pero... ¿qué ha pasado? —gimió Adolph Manning.

—El señor Kenwell está muerto —dijo con voz sin matices Scrane—: tiene destrozada la cabeza.

Grace arreció en su llanto, y los demás se quedaron mirando a Scrane con expresión asustada.

—Habrá que avisar a la policía —añadió Scrane.

Emily se llevó las manos a la boca.

—¡No! —gritó—. ¡La policía, no!

Su marido la miró desconcertado, pero en seguida la abrazó por la cintura, murmurándole unas palabras de consuelo. Vistos así, ella en camisita de dormir y él en pijama, la diferencia entre ambos era más evidente, casi grotesca...

—¿Por qué a la policía? —tartamudeó Da ve—. ¡Ni siquiera sabemos todavía lo que ha pasado!

—Yo creo que sí lo sabemos —lo miró sosegadamente Scrane—: Kenwell está muerto. Y no parece que haya sucedido de modo natural, Dave.

—¿Qué quiere decir?

—¿Cómo, que qué quiero decir? —gruñó Scrane—. Está bien claro que a Kenwell le han roto la cabeza a golpes, ¿no?

Manning, todavía abrazando a su joven esposa, murmuró:

—Puede... puede haber sido un accidente...

—Vamos, señor Manning, no diga tonterías: para mí está muy claro que a Kenwell lo ha matado alguien. Y lógicamente, sólo ha podido ser alguien de la casa.

—¡Usted está loco! —chilló Dave Gibbons.

—Será mejor que vayamos todos abajo —masculló Scrane—. Aquí arriba no debe quedar nadie. ¡Y no se les ocurra tocar nada!

—Escuche —dijo con voz aguda Dave, picoteando a Scrane con un dedo en el pecho—, usted no es quién para decirnos lo que...

—Dave, sí... —le interrumpió Harriett—. Si, él es quién, él sabe más que nosotros de... de cosas como ésta. Nat es investigador, es... un detective privado de los mejores. El sabe lo que hace.

—Todos abajo —insistió Scrane—. Y que nadie se mueva del salón absolutamente para nada. Esperaremos allí a la policía, eso es todo.

—Pero... ¿por qué la policía? —insistió también Dave—, Esto es una locura, tiene que haber un error, Scrane...

—¿Error? Bueno, vaya a decirle eso a Kenwell.

—Pe-pero... ¡No podemos llamar a la policía así, tan... tan alegremente! Deberíamos antes saber algo... Usted es investigador, ¿no? ¡Pues haga algo!

—¿Qué demonios quiere que haga? Sea lo que sea lo que haga yo, la policía lo hará mejor. Esto no es ningún juego de sociedad, Dave.

—Pero... pero sería... conveniente que antes nosotros supiésemos algo... ¡listamos en la casa de Harriett invitados, la vamos a meter en un lío tremendo, vendrán periodistas...!

—Está bien —murmuró Scrane—, Vamos abajo, y tomaremos una decisión después de conversar unos minutos. Es todo lo que puedo hacer. Espero que a ninguno de ustedes se le ocurra la brillante idea de pedirme que echemos tierra al asunto, de modo que la conversación tendrá que ser coherente y sincera. Si consiguiéramos eso, sabríamos en seguida quién ha sido, y evitaríamos muchas molestias a todos y no poco escándalo.

—No comprendo eso —murmuró Manning.

—Pues es fácil de comprender, señor Manning. Si nosotros mismos resolvemos el asunto, podemos avisar a la policía de modo que esta no tenga que intervenir espectacularmente, lo que quizás evitase la presencia de periodistas.

—¡Ah! Sí, me parece bien, sí.

—Lo celebro. Será mejor que bajen ustedes. Yo voy a echar un vistazo más detenido a la habitación de Kenwell —hizo una pausa, mirando uno a uno a los reunidos—. A menos que alguien de ustedes tenga algo que decir y yo me ahorre también molestias.

Cuando todos estuvieron ya abajo, Scrane regresó al dormitorio ocupado por Jasper Kenwell, y se acercó de nuevo al cadáver. Se acuclilló a su lado, y estuvo mirándolo inexpresivamente unos segundos, pese a lo horrendo de su aspecto. Le habían machacado la frente y la parte superior del rostro; tenía la nariz rota; y también la mandíbula. La sangre estaba ya seca, pero todavía reluciente.

Sangre por todos lados. Lo cual era curioso, ya que no había visto ni una gota de sangre en las ropas de ninguno de los invitados Y en un acto así, el asesino tiene que quedar salpicado de sangre forzosamente. O los asesinos. Podía haber sido una pareja o una sola persona. Las personas que se habían retirado solas a sus respectivos dormitorios habían sido Grace y Dave, y el propio Kenwell Los demás se habían distribuido por parejas: Adolph Manning y su joven esposa, Emily; Leander Vallance y Blanche... Y quedaban él y Harriett, que también habían formado pareja apenas se hubieron retirado todos. Harriett había esperado, para reunirse con él, el tiempo justo de que todos cerrasen la puerta de su habitación y ponerse el salto de cama... Tres parejas y tres personas solas. Ahora, una de las personas solas yacía muerta a golpes tremendos en la cabeza, y sin la menor duda, quien o quienes la habían matado tenían que ser

1.-Dave Gibbons

2.-Grace Ashenden

3.-Adolph Manning y Emily

4.-Leander Vallance y Blanche.

No había mucho donde buscar, porque, naturalmente, no pensaba incluir en la lista a Jervis y Katty, ni mucho menos a Harriett cuya coartada para él, era la mejor y la más sólida. Es decir, que tenía cuatro sospechosos, a menos... a menos que separase a las parejas. En este caso, tendría seis sospechosos. ¿Se habían separado en algún momento Manning y Emily, o Vallance y Blanche? Si así era, había al menos una persona que sospechaba de otra.

Aunque también podía ser que dos personas hubiesen estado de acuerdo para matar a Kenwell. A fin de cuentas, se hacía difícil creer que una sola persona hubiese hecho aquello con Kenwell, que era un hombre fuerte. Salvo que, claro está, la otra persona fuese aún más fuerte que Kenwell. En ese caso, solamente uno podía ser: el asesino en la casa: Leander Vallance. Los demás eran mujeres. Et cuanto a Manning y Gibbons, ni en sueños habrían podido dominar a Kenwell. Claro que podían haberlo sorprendido en la cama..

Bueno, esto era evidente, por otra parte. La cama estaba deshecha, y se veía claramente que Kenwell había estado acostado cuando empezó a recibir los golpes.

Pero, ¿con qué le había golpeado?

Scrane miró hacia la ventana. Las cristaleras estaban abiertas: pero las persianas estaban cerradas. Así, Kenwell se había asegurado de que tendría aire fresco. La falleba de las persianas estaba en su sitio de cierre, es decir, que nadie podía haber salido por la ventana. Se podía admitir que alguien hubiese entrado por ella si se suponía también que antes había estado abierta completamente, incluso las persianas; pero nadie puede cerrar por fuera una falleba interior.

El asesino, asesina, o asesinos, estaban en la casa.

Seguro.

Al moverse para acercarse a la ventana y asegurarse de que no se estaba equivocando con respecto a la falleba, Scrane bajó la cabeza un instante. Y entonces vio una colilla de cigarrillo. Se acuclilló junto a ella..., y entonces vio, cerca de la colilla, algunos restos de ceniza. Parpadeó, desconcertado. ¿Kenwell era de los que fuman en la cama y tiran la ceniza y la colilla al suelo? Esto no encajaba en lo más mínimo con un hombre educado, pulcro y elegante como había sido Jasper Kenwell.

¿La colilla no era suya?

Este pensamiento hizo sonreír acremente a Scrane. A ver si se iba a encontrar con un caso en el que descubría al asesino por medio de una colilla de cigarrillo. Habría sido gracioso. Y desde luego, le pareció tan remoto que se dijo que la colilla tenía que ser de Kenwell. Y entonces... ¿qué hacía en el suelo? ¿No tenía cenicero en la mesita le

noche?

Pues no. No lo tenía.

Scrane se incorporó y retrocedió un par de pasos, para tener más perspectiva. Ningún cenicero en parte alguna... En cambio, en el suelo vio otra colilla. Volvió a acucillarse, la miró, y luego volvió a mirar de cerca la primera. Las dos eran de la misma marca, que, ciertamente, era la del paquete de cigarrillos que había sobre la mesita de noche. Fue una comprobación fácil, pues Kenwell había sido elegante incluso para fumar, no apurando mucho los cigarrillos, de modo que se veía la marca cerca del filtro.

¿Dónde estaba el cenicero? Porque allí tenía que haber habido un cenicero: un hombre pulcro como Kenwell, que se viste magníficamente, que cuida su aspecto hasta el punto de teñirse los cabellos, no se pone a fumar en la cama sin tener un cenicero a mano. Claro que no.

Scrane se tendió en el suelo y miró debajo de la cama. No estaba allí el cenicero. No apareció en toda la habitación.

¿Un asesino que se lleva un cenicero? ¿Por qué? Para Scrane sólo había una respuesta: el cenicero había sido utilizado para golpear a Kenwell.

Y entonces, esto cambiaba todo el panorama. Ya no se trataba de alguien que había ido allí expresamente a matar a Kenwell, sino alguien que había ido a su habitación por otros motivos. Habían conversado primero, seguramente. Luego, algo pasó, el asesino agarró el cenicero y... comenzó a golpear. En cuyo caso, había existido deseos de matar, en un momento determinado, pues de otro modo, si la situación se ponía desagradable, el visitante todo lo que tenía que hacer era marcharse. Pero no: se había irritado tanto con Kenwell que había agarrado la primera cosa que encontró a mano, le golpeó...

Se dio otra vuelta por la habitación, pero no encontró nada interesante. Todo parecía normal allí, salvo las colillas en el suelo..., la presencia del cadáver, por supuesto. Claro que un examen más fondo de la habitación quizá podría aportar datos esclarecedores pero no quería tocar nada, no quería revolver las cosas de Kenwell. Y ello, porque no quería líos ni discusiones con la policía, por muy buenos amigos que tuviera en ésta.

Decidió reunirse con los demás en el salón.

## CAPÍTULO VI

Cuando entró, todos lo miraron, expectantes. Se habían calmado, y habían estado conversando excitadamente, pero enmudecieron al verlo. Harriett corrió hacia él, y Scrane parpadeó al ver la forma de sus pechos y el círculo de sus pezones bajo el liviano salto de cama. Pero parecía que nadie prestaba la menor atención a estos detalles. También Grace mostraba sus carnes bajo la «baby-doll». Verdaderamente, no era momento para tonterías.

—Nat —exclamó Harriett, tomándole las manos—, hemos estado hablando de...

—Espera —cortó Scrane—, Será mejor que envíes a Katty y a Jervis a la cocina... Que preparen café.

—Sí... Sí, sí.

Los dos sirvientes abandonaron el salón a una indicación de Harriett.

De pronto, dijo, sin mirar a nadie:

—A Kenwell lo ha matado alguien que está en la casa. No tengo la menor duda sobre eso, y les aseguro que tampoco la tendrá la policía.

Hubo furtivas miradas entre los invitados. Pero nadie dijo nada.

— ¿Nadie ha sido? —sonrió secamente Scrane.

Silencio.

—Bueno —movió la cabeza Scrane—, entonces vamos a llamar a la policía, y por mí pueden irse todos al infierno... Aunque... Dime, Harriett, ¿no hay ceniceros en la casa? Quiero decir, en las habitaciones.

La muchacha le miraba pasmada, como si no hubiese entendido una sola palabra. De pronto, reaccionó.

—Claro que deben haber ceniceros —murmuró.

— ¿En todas las habitaciones?

—Bueno... Sí, naturalmente.

—En la habitación de Kenwell no hay. —Tiene que haber, Nat.

—No.

—Pues no sé... Quizá Mary olvidó poner uno allí después de limpiarlos la última vez...

Scrane frunció el ceño, titubeó. Hizo un gesto como de resignación, y miró de pronto a Grace.

— ¿Puedo saber qué fue a hacer usted a la habitación de Kenwell Grace? Si no quiere contestar, no lo haga, naturalmente, pero le

advierto que la policía también se lo preguntará.

—Sí, ya... ya lo he pensado, sí.

— ¿Y bien?

—Bueno —Grace bajó la mirada—. No creo que eso necesite demasiadas explicaciones, Scrane.

— ¿Iba a acostarse con él? Quiero decir: ¿a hacer el amor?

—Sí —susurró Grace, sin alzar la mirada.

— ¿Lo sabía Kenwell? ¿La esperaba?

—Supongo... supongo que sí... Siempre que nos reunimos en casa de alguno de nosotros, pues... Bueno, nunca lo hemos dicho pero lo hacíamos. Yo...

—Vamos, Grace —gruñó Scrane—, Sólo quería saber a qué fu usted allí..., y ya lo sé. ¿Nadie tiene nada más que decir? ¿No Bien?, entonces...

—Tiene que haber un cenicero —dijo de pronto Harriett, que había permanecido pensativa—. No sé qué importancia tiene eso para ti, Nat, pero tiene que haber un cenicero. Mary es muy cuidadosa

—Quizá se descuidó esta vez. ¿Los demás tienen cenicero?

Hubo movimientos afirmativos. Harriett se dirigió rápidamente hacia la puerta.

— ¿Adónde vas?

—Arriba, a la habitación de Jasper... ¡Tiene que haber un cenicero!

—Pero bueno —inquirió con voz aguda Dave—, ¿qué importa ahora eso?

—Ya se lo explicaré a ustedes. Esperen aquí, por favor. Vamos arriba, Harriett. Quizá yo esté tan ciego que no sea capaz de ver un cenicero. Y estoy seguro —se volvió de pronto de nuevo hacia los demás— de que alguno de ustedes sabe perfectamente por qué le doy tanta importancia a un cenicero.

Tomó del brazo a Harriett, y salieron del salón. Subieron al primer piso, y fueron directos a la habitación donde yacía el cadáver que Harriett miró brevemente, mordiendo los labios. Luego se detuvo frente a la mesita de noche, parpadeó, miró alrededor...

—No mires debajo de la cama —dijo Scrane—: ya lo he hecho yo. Aunque quizás es tan pequeño que no lo he visto.

—No, no... No hay ceniceros pequeños en la casa. Todos son grandes, en forma de figuras... ¡Qué raro que aquí no...!

— ¿En forma de figuras? ¿Qué quieres decir?

—Bueno, son ceniceros con pie... El pie lo forma una figura: un trampero, un dios griego, un soldado antiguo, un...

En la mente de Scrane se proyectó de pronto una imagen: la del cenicero de su habitación, que era un indio, un pielroja, de unos quince centímetros de altura, magníficamente reproducido; sobre la

cabeza del pielroja, el cenicero propiamente dicho, de unos diez centímetros de diámetro. Todo ello, de bronce.

—Espera... ¿Estás diciendo que todos los ceniceros son iguales?

—No, no, iguales no. Las figuras son distintas. Forman una colección que me pareció bonita.

Scrane tomó de la mano a la muchacha, y tiró de ella. Segundos después estaban en su habitación, ante la mesita de noche, frente al cenicero cuyo pie estaba representado por un pielroja cuya cabeza sostenía el recipiente.

— ¿El cenicero que debía haber en la habitación de Kenwell es igual que éste? —señaló.

—En conjunto, sí, pero la figura es distinta. No comprendo cómo Mary pudo olvidarse de...

—No se olvidó —murmuró Scrane—. Mary puso cenicero en todas las habitaciones, incluso en ésta. A Kenwell lo han matado precisamente con el cenicero... ¡Me apostaría el pellejo! Sí... Ha sido así. Y ahora, ese cenicero está escondido en alguna otra habitación. O quizás en esta misma...

—Nat, ¿qué vamos a hacer? —gimió de pronto Harriett—. ¡Esto es horrible, nunca me... me había ocurrido... no había estado en una situación semejante!

—Cálmate. Lo que tenemos que hacer ahora es encontrar el cenicero, y entonces tendremos al asesino.

¿Qué...?

—Espero que así sea. ¿No comprendes lo que te estoy diciendo? El asesino estuvo aquí, conversó con Kenwell, quizá, pero por lo que fuese, agarró el cenicero y comenzó a golpearle en la cabeza... Es posible que haya dejado huellas en el cenicero. Aunque si lo cogió de este modo...

Scrane agarró el cenicero como se suponía que podía haberlo hecho el asesino para golpear a Kenwell. Es decir, su mano se cerró alrededor del pielroja, casi ocultándolo completamente. Blandió el cenicero como si estuviese golpeando algo, y luego lo dejó, moviendo la cabeza con gesto un tanto desalentado.

—Quizá no haya dejado huellas digitales, si lo cogió como lo he hecho yo. De lo que sí se podría obtener impresiones es de la palma de su mano, pero ya sería rizar el rizo. Aunque quizá la yema de alguno de sus dedos haya quedado impresa... Sí, podría ser. Sea como sea, Harriett, tenemos que encontrar ese cenicero. ¡Desde luego que el asesino se lo llevó! Es decir, que tiene que estar en la habitación de los Vallance, o en la de los Manning, o en la de Dave... y hasta podría ser que en la de Grace, si ella es más lista de lo que parece.

— ¿Qué quieres decir?

—Que ella también puede ser la asesina. Pudo venir aquí a

acostarse con Kenwell, y quizás él la rechazó, o discutieron por algo... Entonces, ella lo mató, se fue con el cenicero, lo escondió, o...

— ¿Y luego volvió aquí a gritar? —preguntó aterrada Harriett.

—No. Ella, no... —gruñó Scrane—. Si hubiese sido ella, y hubiese pensado en volver, habría traído el cenicero después de limpiarlo, y lo habría dejado en su sitio, y habría recogido las colillas y la ceniza... No, Grace no ha sido. Pero ha sido alguien, y ese alguien se llevó el cenicero manchado de sangre, dispuesto a limpiarlo para volver a colocarlo en su sitio..., pero no tuvo tiempo. Y si no tuvo tiempo es que Grace llegó aquí mientras el asesino estaba limpiando el cenicero, o terminaba de hacerlo... ¡Vamos a mirar en las habitaciones de los demás! Primero, en la de Dave... ¿Cuál es?

Harriett condujo a Scrane a la habitación de Dave. Pero el cenicero no estaba allí, a menos que lo hubiese escondido muy bien, lo que requería un registro más a fondo, y, en opinión de Scrane, antes era conveniente un registro rápido, un examen a primera vista... Lo que si vieron sobre la mesita de noche fue un ejemplar de la revista «Play Girl», en cuyas páginas había hombres desnudos, mostrando con relativa elegancia sus genitales. Hojeando esta revista rápidamente, Scrane miró de reojo a Harriett, que parecía un poco abochornada.

—Entonces, es cierto, ese tipo es homosexual... Un momento. ¿Qué podrías decirme de Kenwell y Gibbons?

—No te comprendo...

— ¿Quizás ellos dos se entendían?

— ¿Jasper y Dave? —exclamó Harriett—. ¡Claro que no! ¿Cómo se te ha podido ocurrir semejante cosa?

—Ya supongo que no eres un virguito idiota, Harriett, y que habrás tenido buenos amigos antes de conocerme. Eso es normal... Tan normal, que no se te ocurre, quizá, que las inclinaciones humanas van más allá de las que tú puedas sentir. ¿Me entiendes?

—No muy bien...

—Quiero decir que para ti es normal acostarte con un hombre que te guste. De acuerdo. Pero hay homosexuales que no son tan diáfanos. Kenwell podía ser uno de éstos, y tener relaciones con Dave.

—Oh, yo no creo eso, Nat, no.

—Bueno, no importa lo que nosotros creamos. Las cosas pueden suceder, de todos modos. Imagínatelo: Dave va a la habitación de Kenwell, y éste le dice que esta noche no, que se marche, que espera a Grace... Entonces, discuten, Dave agarra el cenicero...

—Pe-pero el... el cenicero no está aquí, y tú has dicho antes que...

—Vamos a echar un vistazo rápido a las otras habitaciones. Pero ya verás cómo no encontramos el cenicero en ninguna.

Scrane se equivocó.

El cenicero estaba en la habitación de los Vallance, que fue la

segunda que miraron; concretamente, lo encontraron en el cuarto de baño, envuelto en la gran toalla...

Junto a Scrane, Harriett ahogó una exclamación, y en seguida se acuclilló junto a él.

—Nat... ¡Oh, Nat!

—Ssst.

La figura que sostenía el recipiente correspondía a un soldado de la Guerra de Independencia norteamericana. Gracioso. Desde luego, no quedaba ni rastro de sangre en el artístico objeto; al menos, a la vista del ojo humano, aunque quizás un examen en los laboratorios de la policía...

— ¡Scrane! —les llegó la voz de Dave Gibbons—. ¡Harriett!

Se oyeron las fuertes pisadas en el pasillo de las habitaciones, y más gritos de Dave, que parecía histérico;

— ¡Scrane! ¿Dónde se han metido? ¡Harriett!

Se miraron, y salieron a toda prisa. Cuando aparecieron en el pasillo, Dave salía de la habitación de Kenwell, con expresión enloquecida. Los vio en seguida.

— ¡Scrane! —gritó—. ¡Leander se ha marchado!

— ¿Cómo se ha marchado?

— ¡Se ha ido! ¡Estábamos hablando abajo, y de pronto se fue hacia la puerta, y yo le dije...!

—Tranquilícese, ¿quiere? —gruñó Scrane, acercándose—. No es necesario que grite.

— ¡Pero es que Leander se ha marchado, después de golpearme! Usted no entiende... ¡Se ha ido de la casa!

—Claro que lo entiendo —masculló Scrane—. ¿Y Blanche?

—Está abajo, llorando...

—Bueno, vamos a consolarla...

Bajaron rápidamente, mientras Dave Gibbons explicaba con un poco más de coherencia lo que había sucedido. Habían estado hablando de lo sucedido, por supuesto, y parecía que todo era normal... Seguramente debido al tema de la conversación, Emily se sintió mal, parecía que fuese a vomitar de un momento a otro, así que Adolph la acompañó al cuarto de baño del servicio, cerca de la cocina. Los demás, esto es, Dave, Grace, Leander y Blanche continuaron hablando de lo mismo... De pronto, Blanche rompió a llorar, y entonces, inopinadamente, Leander Vallance se dirigió hacia la puerta del salón. Dave le preguntó adónde iba, y Vallance lo envió a la mierda, lisa y llanamente. Pero Dave lo alcanzó en el vestíbulo, cerca de la puerta de la casa, y le dijo que no debía salir, que tenían que esperar a ver qué solucionaba Scrane. Entonces, Vallance golpeó a Gibbons en la barbilla, casi derribándolo, y salió de la casa...

— ¿Se ha ido en su coche?

— ¿En su coche? No sé... Bueno, quizá lo sepan Blanche y Grace, que salieron al vestíbulo detrás de nosotros. Yo he subido corriendo para avisarle a usted.

Blanche y Grace estaban de nuevo en el salón, la segunda explicando lo sucedido a Adolph y Emily, que habían regresado del cuarto de baño. Se volvieron todos a mirar a Scrane, que soltó uno de sus gruñidos, dio la vuelta, y se dirigió hacia la puerta de la casa. Salió de ésta, directo hacia donde estaban los coches. Pero no tuvo que acercarse demasiado para comprender que Leander Vallance no se había marchado en su coche. Ni en ningún otro, pues los cinco estaban allí...

— ¡Nat! —le llamó Harriett desde la puerta.

—Ven... —le hizo gestos él, tras volverse—. Vamos al garaje, a ver si falta tu coche.

Invirtieron muy poco en cerciorarse de que Vallance no había tomado ninguno de los dos coches de Harriett. Regresaron rápidamente a la casa, y se reunieron con los demás en el salón.

— ¿Se ha llevado algún coche? —preguntó Dave.

—No.

Dave quedó atónito. Scrane miró a Katty y Jervis, que habían regresado ya de la cocina con café, y que permanecían juntos, como aturridos, mirando de uno a otro de los invitados... Los invitados al crimen.

—Bueno... —murmuró de pronto Manning—, me pregunto qué le ha pasado a Leander, por qué se ha marchado así...

Scrane soltó un bufido y se dirigió a Harriett.

—Será mejor que Blanche no tome café...

Scrane se limitó a beber un sorbo de café. Lo terminó, despacio, como ausente. Luego, encendió otro cigarrillo que tomó de la cajita musical, y fue a sentarse en un sillón, frente a Blanche.

—Su marido debe estar loco —murmuró—. ¿Adónde cree que podrá ir, en pijama, sin dinero, sin documentos, a pie...? Aunque en cierto modo es comprensible su reacción, ¿verdad, Blanche? El mató a Kenwell. ¿Cierto?

—No lo sé... Yo... yo-yo no... no lo sé...

—Vamos, Blanche, sea consecuente.

—No lo sé... Yo no le vi hacerlo... ¡Le juro que no le vi hacerlo!

—Bueno, cálmese y díganos qué es lo que vio. Para facilitarle las cosas, le diré que Harriett y yo hemos encontrado en su cuarto de baño el cenicero envuelto en la toalla. Y la ropa interior de su marido... ¿Comprende lo que quiero decir?

—Sí... Sí.

—Bien. Lo estaban limpiando cuando Grace comenzó a gritar, ¿no es así?

—Sí.

—Esto se va a alargar y complicar mucho si tengo que estar haciéndole preguntas, Blanche —gruñó Scrane—. ¿Por qué no nos dice lo que pasó, simplemente?

— ¿Cómo voy a saber yo lo que pasó?

—Lo que sepa, quiero decir.

—Sí... Bueno, después que nos retiramos a nuestra habitación, yo le pregunté a Leander qué le ocurría. Me parecía que había estado un poco raro todo el tiempo, como preocupado. Me contestó que no le ocurría nada, pero yo comprendí que no era así. Pero se sentó en una butaca, y quedó muy pensativo otra vez. Estuvo así tanto rato que creo que hasta me dormí. Pero desperté, y lo vi de pie junto a la cama. Todavía estaba con la ropa interior, así que le pregunté si iba a dormir así, extrañada, pues no lo había hecho nunca. Me dijo que me durmiese, apagó la lamparita de su lado, y le vi caminar hacia la puerta. Bueno, le vi porque la Luna...

—Sí, sí. ¿Qué más?

—Pues le... le vi caminar hacia la puerta. Le pregunté qué adónde iba, y me dijo que volvía en seguida, que sólo iba a decirle a Jasper algo que se le habla ocurrido, relacionado con una exportación de la empresa... Me extrañé mucho. Le dije que Jasper debía estar ya durmiendo, y me dijo que en ese caso lo dejarla para mañana, pero que quizá lo encontrase despierto. Y sin más, salió de nuestro cuarto. Encendí la luz de mi mesita de noche, y le miré, dispuesta a insinuarme de nuevo... Entonces, le... le vi... le vi...

— ¿Manchado de sangre?

—Sí Sí, sí. Estaba... estaba muy salpicado de sangre, se veía mucho en la camiseta sobre todo, y... El me miraba, y me di cuenta de que estaba muy pálido, muy asustado. Me mostró el cenicero, y dijo: «He matado a Jasper, Blanche.» Me quedé unos segundos como atontada. El fue al cuarto de baño, y cuando pude reaccionar, le seguí. Estaba lavando el cenicero en el lavabo, con agua y jabón. Estaba desnudo, y vi su ropa interior tirada en el suelo. Se había lavado la cara y las manos, y los brazos... Le dije que se secara y se pusiera el pijama, y... y yo seguí lavando el cenicero. No sé... no sabía lo que estaba haciendo. El salió a ponerse el pijama después de secarse, y volvió al cuarto de baño. «Tienes que dejarlo muy limpio, Blanche; no debe quedar ni una gota de sangre ahí, porque quiero volver a colocarlo en su sitio.» Le pregunté qué había pasado, y él me contestó que Jasper y él habían discutido. Le pregunté por qué, pero me di cuenta de que no quería decírmelo...

—Espere un momento —Scrane miró a Manning—. ¿Algo va mal en la «World Confections», señor Manning?

— ¿Mal? ¿En qué sentido?

—En los negocios en general, o quizás entre algunos de ustedes...

—No. Los negocios van cada día mejor, y entre nosotros nunca ha habido desacuerdo ni enfrentamiento de ninguna clase. Somos pocos accionistas, Scrane, pero muy bien avenidos.

—Entonces —Scrane miró de nuevo a Blanche—, es de suponer que usted consiguió que su marido le dijera por qué había matado a Kenwell.

—No, no lo conseguí. Le presioné mucho, claro, pero él me dijo que hablaríamos de eso en otro momento, que lo que teníamos que hacer entonces era terminar de limpiar bien el cenicero, y él lo colocaría de nuevo en su sitio, y miraría de arreglar las cosas de modo que pareciera que alguien había entrado por la ventana de Jasper... Entonces, oímos el grito de Grace. Leander se sobresaltó mucho. Y también parecía sorprendido. Dijo algo así como «alguien ha visto a Jasper»... No recuerdo las palabras exactas, pero fueron más o menos éstas. Le dije a Leander que no saliéramos, y él me contestó que de ninguna manera podíamos hacer eso, que teníamos que salir, ya que los demás también hablan salido de sus habitaciones. Así que dejamos todo, y salimos también, y fuimos a la habitación de Jasper, como los demás. Bueno, cuando usted, luego, dijo que fuésemos todos abajo, estuve a punto de desmayarme. Le susurré a Leander que teníamos que entrar en nuestra habitación para esconder su ropa y el cenicero, pero él, sin contestarme, me apretó el brazo, y seguimos a los demás aquí...

—Su marido demostró más serenidad que usted. Por supuesto, esperaba tener una ocasión de volver a su dormitorio, para esconder el cenicero en su maleta, o en cualquier otro sitio. Pero cuando me oyó a mí hablar de un cenicero, y vio que Harriett y yo subíamos, comprendió que lo íbamos a descubrir. Así que, tras unos minutos de indecisión, optó por la fuga. Lo cual es una estupidez, sobre todo en sus condiciones. Tenga por seguro que la policía lo encontrará.

—Pero... ¿qué pudo pasar entre Jasper y Leander? —murmuró Dave—. ¡Siempre fueron excelentes amigos! ¿Qué pudo pasar? Blanche, ¿estás segura de que no lo sabes?

—No. Estoy segura, Dave.

— ¡Pues no lo comprendo!

—Lo sabremos cuando la policía encuentre a Vallance —dijo Scrane, señalando el teléfono—. Creo que no debemos demorar más esa llamada.

## CAPÍTULO VII

El teniente de Homicidios Carey Dawson fue directo hacia Scrane en cuanto entró en el salón, donde esperaban todos, excepto Jervis y Katty. Tanto Scrane como los demás se hablan vestido ya con las ropas que habían estado utilizando antes de retirarse a sus habitaciones.

—Scrane... —tendió la mano Dawson—. ¿Cómo estás?

—Bien —murmuró Scrane—. ¿Y tú?

—¿Cómo va todo? —se interesó Dawson.

—Ya te he dicho que bien —masculló sordamente Scrane.

—Bueno... Me alegro. ¿Te ha contratado alguna de estas personas?

—No. Estoy aquí como particular, como invitado.

—Ah. Pero fuiste tú quien llamó, ¿no es así? Cuando me dijeron que el viejo Scrane...

—Te presentaré a todos —cortó ásperamente Scrane—, y luego te explicaré lo que sé, para que te hagas cargo del asunto.

—Muy bien... —sonrió Dawson—, De acuerdo. Los muchachos esperarán a que termines antes de empezar a trabajar.

—Me hago cargo.

—Por supuesto —sonrió de nuevo Dawson.

Scrane presentó a unos y otros. Dawson los iba mirando con una expresión apacible... y escrutadora. Era un hombre de algo más de cuarenta años, alto y flaco, de modales reposados, muy correcto. No es que estuviese divertido, pero tampoco parecía tomar parte de una tragedia. Cuestión de mentalización profesional.

Cuando las presentaciones terminaron, preguntó:

—¿No hay nadie más en la casa?

—Dos de los sirvientes: Jervis, el jardinero, y Katty, una negra que cocina estupendamente. Hay otra sirvienta, pero se fue poco después de la cena, con la noche libre. Tenía una cita.

—Ya. Bueno, ¿y por qué no están aquí el jardinero y la cocinera?

—Jervis es un anciano. Katty debe estar cansada, después del trabajo que le dimos. Me pareció innecesario fastidiarlos.

—Si a ti te parece bien así, por mi de acuerdo..., de momento, claro. Bien, Scrane; te escuchamos.

Scrane procedió a explicar meticulosa y minuciosamente lo ocurrido, rodeado de un silencio total. Uno de los policías estaba grabando la explicación en un pequeño magnetófono a pilas, lo que

simplificaría luego no poco la redacción del informe oficial.

—...Y eso es todo hasta que finalmente llamé —terminó Scrane.

Carey Dawson asintió, y estuvo unos segundos pensativo. De pronto, miró a Blanche.

— ¿Se le ocurre a usted adonde puede haber ido su marido, a pie y en pijama, sin dinero...?

—No...

—Quizás haya ido a su yate, señor Manning. Entiendo que lo tiene amarrado cerca.

—Delante de la casa —asintió Manning, sorprendido; en seguida movió la cabeza negativamente—. No lo creo, teniente. Leander sabe perfectamente que en el yate está mi tripulación esperando para zarpar mañana temprano.

—Bueno, pero era ya tarde cuando el señor Vallance se marchó de aquí, ¿no? Quizá pensó que su tripulación podía estar durmiendo, y decidió esconderse en el yate. En cierto modo, ésta sería una actitud más inteligente por su parte que andar por ahí en pijama conduciendo su coche, que naturalmente, sería buscado. Es lógico suponer que la excursión que tenía proyectada se va a suspender, y quizás el señor Vallance pensó que mañana sería llevado a la casa de usted en yate, y desde allí podría arreglar su fuga definitiva..., ya que no estaría Scrane para impedírsela.

—Podría impedírsela yo —murmuró Manning.

— ¿Lo habría hecho?

—No sé... —murmuró éste—. Supongo que... que escucharía lo que Leander tuviese que decirme.

—Ya. Bien, comprendo que esta noche va a ser muy molesta para ustedes, pero tengo la seguridad de que no se negarán a colaborar con la policía, ¿verdad?

—Claro que no.

—En ese caso, dando por descontadas las facilidades que la señorita Lovinson nos dará para echar un vistazo por la casa, espero de la amabilidad de usted que acompañe a dos de mis hombres al yate, para registrarlo. ¿Le parece bien, señor Manning?

—Sí... De acuerdo, claro que sí.

—Muchas gracias. Si el señor Vallance no está en el yate, avisaré por radio para que sea buscado. Y también sería conveniente echar un vistazo al garaje, al jardín...

— ¿Cómo puede pensar que Leander esté por aquí? —masculló Dave Gibbons—. ¡Yo estaría ya a mil millas de distancia!

— ¿En pijama, de madrugada y sin dinero, señor Gibbons? —le miró apaciblemente Dawson.

—Pues... ¡Qué demonios, desde luego no me habría quedado por aquí!

—Quizá tenga razón. De todos modos, nosotros vamos a proceder del modo habitual, si no le importa.

—No... —enrojeció Dave—, Claro que no.

Dawson asintió, y comenzó a dar órdenes, mientras Adolph Manning, acompañado de dos policías, salía de la casa, dispuesto a conducirlos al embarcadero, al otro lado de la avenida. Se dispuso la toma de fotografías del cadáver, a la espera de la llegada del *coroner* que procedería a su levantamiento tras el examen preliminar por parte del forense que había llegado con la ambulancia directamente... El cenicero, así como la ropa interior de Vallance, y la toalla, serían llevados a los laboratorios... Todo el aparato policial se puso en marcha, por poco que Dave Gibbons comprendiese tanto movimiento en un caso que estaba resuelto desde el principio.

—En realidad, ¿qué queda por saber? —murmuró, mirando a Scrane, que se había quedado en el salón, fumando—. Lo único que no sabemos es por qué Leander pudo hacer una cosa así. ¿No está de acuerdo?

—La policía tiene un sistema de trabajo, y lo está llevando a cabo, eso es todo —replicó Scrane—, Sin embargo, usted tiene razón en muy buena parte: simplificarán mucho las cosas.

El teniente Dawson se acercó, sonriendo a Harriett.

—Señorita Lovinson, aun a riesgo de parecerles demasiado cabezota, me gustaría charlar unos minutos con sus sirvientes. Por lo general, son buenos informadores, se fijan en todo. Quizá vieron algo que ninguno de ustedes vio... o aunque lo vio no le pareció interesante. Esas cosas suelen pasar, ¿verdad, Scrane?

—Sí —murmuró Scrane.

—Pediré a Katty y Jervis que vengan —dijo Harriett.

—No, no... De momento están bien en sus habitaciones. Sólo se trata de hacerles algunas preguntas. ¿Puede indicarme sus habitaciones?

—Le acompañaré —susurró Harriett.

Scrane se sentó, y los miró salir del salón, con expresión distraída. Dawson tenía razón, sin duda alguna. A veces, se veían cosas a las que no se concedía importancia, pero que la tenían. ¿Había visto él algo importante durante la velada? ¿Había observado algo que pudiese ser o parecer animosidad entre Kenwell y Vallance? Decididamente, no. Pero...

Pero sí había visto algo, una breve escena que no le pareció precisamente cordial, entre Kenwell y Emily Manning. Sí, los había visto de pie, un poco apartados de todos, mientras Dave dibujaba algo y él y Harriett conversaban en el sofá. Había visto el gesto serio, casi hostil, de Emily hacia Kenwell, y luego cómo la bella Emily se alejaba bruscamente de Kenwell, el cual la siguió, le tocó en un brazo... y ella

le rehuyó rápidamente yendo al otro lado del grupo... ¿Había visto u oído alguna cosa más? No. De momento, no la recordaba, al menos. En cuanto a lo de Emily y Jasper... ¿qué podía significar?

\* \* \*

El teniente Dawson no tuvo inconveniente alguno en que Jervis y Katty permaneciesen en sus habitaciones después de haber conversado con ellos. Desde luego, ambos estaban despiertos y bien despiertos, y la verdad era que no les hacía ninguna gracia permanecer alejados del asunto, como encerrados. Pero, evidentemente, a Dawson no sólo le parecía bien cualquier cosa que hiciera o dijese Scrane, sino que por su parte tampoco le pareció oportuno tener más gente en el salón.

Dawson se dispuso a reanudar su trabajo en el salón, dirigiendo la investigación, pero se detuvo cuando la muchacha le agarró tímidamente por una manga.

—Teniente...

— ¿Sí, señorita Lovinson?

—Usted... usted parece conocer bien a Nat... ¿Verdad?

— ¿A Scrane? Le conozco bien, sí. Le conozco muy bien.

—Sí, eso me ha parecido... Yo... yo no le conozco demasiado bien.

—Bueno —sonrió Dawson—, no es fácil conocer bien a un hombre como Scrane. Requiere tiempo, tacto y paciencia.

—Sí, de eso ya me he dado cuenta... Bueno, yo... yo le agradecería que usted me hablase de Nat, teniente.

—Me parece que eso no le gustaría a él.

— ¿Se enfadaría con usted?

—No es sólo eso, señorita Lovinson. Es que pienso que si él quiere que usted le conozca mejor ya le facilitará los medios. No me parece adecuado que sea yo quien le explique cómo es Scrane.

—Yo estoy enamorada de Nat, teniente.

—Supongo que no esperaba sorprenderme con eso. De todos modos, eso es cosa de ustedes dos.

—Por favor. Teniente... —Harriett le cogió una mano—, ¡Por favor! Yo estoy dispuesta a todo con tal de conocerlo a fondo, porque no quiero perderlo por decir o hacer tonterías... Si usted me habla de él lo hará mejor que cualquier investigador privado. Son amigos, ¿no es cierto? Lo amo, y quiero que él me ame... ¿No va a ayudarme?

—Bueno...

— ¡Oh, por favor!

—Está bien. ¿Scrane? Bueno, Scrane es... Scrane. Hace un par de años no había mejor investigador que él. Estaba casado con una muchacha encantadora, llamada Eleanor, y tenían una hija, la pequeña Jenny... —Dawson se pasó la lengua por los labios—, Jenny

era subnormal, ¿lo sabía usted?

—No... ¡Oh, Dios, no, no lo sabía!

—Era una niña graciosa y simpática —murmuró Dawson—, pero subnormal. Scrane estaba loco con ella, a pesar de eso. Es un hombre inteligente, de mucho carácter, así que había aceptado ese... contratiempo. Ganaba mucho dinero, y siempre le estaba comprando cosas a su pequeña Jenny. Estuve en su casa alguna vez. Le aseguro que Scrane no estaba resentido con la vida, ni con nada. Así eran las cosas, así las aceptaba. Pero Eleanor... Bien, Eleanor no se tomaba las cosas del mismo modo, hasta que incluso comenzó a beber...

— ¿La mujer de Nat?

—Sí, claro. Comenzó a beber, y aunque Scrane jamás hizo comentario alguno con nadie al respecto, sus amigos nos fuimos dando cuenta de que algo ocurría, y poco a poco fuimos sabiéndolo todo. Eleanor llegó incluso al extremo de proporcionar algún que otro escándalo; salía gritando de la casa, ebria... Scrane procuraba llevar bien la situación, era paciente, cariñoso... La amaba mucho, ésa es la verdad. Pese a todo, ella se fue. Un día dejó una nota, y se fue de casa. En la nota decía que no podía soportar más a aquella estúpida niña...

— ¿Se refería a su hija?

—Desde luego. Scrane encontró la nota un día más tarde, cuando la niña ya estaba muerta. Bueno, cuando recogieron a la niña, lo llamaron, porque sabían que la madre, Eleanor, se había marchado con una maleta, parece ser que borracha como una cuba. En fin, Scrane fue al hospital, y allá, prácticamente Jenny murió en sus brazos.

—Pero ¿de qué murió Jenny?

—Salió detrás de su madre de la casa, llamándola. Eleanor la vio, y corrió aún más. La niña siguió corriendo detrás de ella..., y apareció el automóvil.

— ¡Oh, Dios mío,...!

—La niña vivió poco más de dos horas; el impacto del coche fue tremendo, naturalmente. Scrane quedó destrozado, no sabía reaccionar. Le habían dicho que Eleanor se había marchado, que la niña salió corriendo tras ella llamándola, y que entonces apareció el coche... La estuvo llamando por teléfono a su casa, convencido de que había un error, y finalmente, al día siguiente, fue a la casa, porque Eleanor no hacía acto de presencia ni siquiera para el entierro de Jenny. Fue entonces cuando Scrane encontró la nota de Eleanor diciéndole que no podía soportar más a Jenny, y que incluso él había llegado a producirle asco, que sentía náuseas cuando le veía besar a la niña...

—Pero entonces... ¡Jenny murió por culpa de su propia madre, en realidad!

—Desde luego.

—Por Dios... ¡Claro que Nat quiere divorciarse de ella!

— ¿Divorciarse? Bien, señorita Lovinson, le diré algo que le hará conocer mejor a Scrane; él no pretende divorciarse.

—Pero él me dijo...

—Espere, espere. Desde que ocurrió aquello, todos los buenos amigos y colegas de Nat están ojo avizor por si Eleanor aparece en alguna parte. Si la ven, o les parece que tienen una pista, avisan a Scrane, y éste va allá, sea donde sea. ¿Divorciarse? Lo que hará Scrane cuando encuentre a Eleanor será matarla...

—No... No lo hará... ¡No!

—Lo hará. Lo sentiré por Scrane, naturalmente, no por Eleanor. Se complicará la vida... ¡Yo qué sé! Pero desde luego, le aseguro que yo no quisiera estar en el pellejo de Eleanor.

—Yo... yo convenceré a Nat de que no debe...

Dawson movió la cabeza.

—Si yo fuese usted, esperaría a que él hablase del asunto. Imagino que Scrane es educado y amable con usted —Dawson sonrió...— ¡Yo también lo sería, caramba! Pero no se llame a engaño: Scrane se vuelve muy desagradable cuando alguien intenta darle consejos sobre este asunto, y me temo que no haría excepciones ni siquiera con usted...

El policía dejó de hablar, y se quedó mirando a Manning, que llegaba acompañado por los dos hombres que habían ido con él a registrar el yate. Detrás de los tres, caminando como a desgana, llegaba también Scrane, con las manos en los bolsillos y una colilla colgando de los labios.

— ¡Harriett! —exclamó Manning—, ¿Dónde está tu lancha?

— ¿Mi lancha? —se sorprendió la muchacha—. ¡Oh!, por ahí, en alguna parte del embarcadero, no recuerdo bien...

— ¡No la he visto! ¡Creo que Leander se ha escapado con ella! Mientras estábamos registrando el yate después de despertar a Spencer y a los dos tripulantes, se me ocurrió que con una lancha era más fácil escapar... Hemos buscado en el embarcadero, pero no la hemos visto.

Harriett miraba de uno a otro, sin saber qué decir. Pero Dawson sí sabía qué decir.

— ¿Había alguien en su lancha, señorita Lovinson?

—Claro que no. Pero no ha podido llevársela, yo tengo las llaves del...

—Eso no es problema, se lo aseguro. De todos modos, no nos precipitemos. ¿Recuerda usted dónde la dejó exactamente?

—Bueno, exactamente, no... Hace días que no la utilizo, pero supongo que debí dejarla en el embarcadero que me corresponde, más o menos.

— ¿Más o menos?

—Oh, es que hay varios amarres, y a veces mis vecinos y yo los cambiamos. Es una tolerancia tácita entre nosotros, ¿comprende?

—Desde luego. Lo que significa que quizás usted la última vez encontró ocupado su punto de amarre y utilizó otro.

—Sí, puede ser... No recuerdo... ¡Pero de todos modos, no puede estar muy lejos!

## CAPÍTULO VIII

La lancha no fue hallada en parte alguna del embarcadero. Harriett admitió su descuido respecto a dejarla en cualquier punto de aquél, pero no hasta el punto de que hubiese dejado su lancha más allá de los límites en que miraron.

Cuando llegaron a la casa, se estaba procediendo ya al levantamiento del cadáver, después de tomadas las fotografías de rigor. Dawson estuvo un par de minutos charlando con el forense, que se marchó acto seguido. Luego, Dawson pidió a Harriett los datos de su lancha, y encargó al sargento Crowly que dispusiera la búsqueda de la misma por los medios habituales.

Faltaba poco para que comenzase a salir el sol cuando el teniente Dawson se dio por satisfecho respecto a las medidas tomadas y las investigaciones efectuadas en el dormitorio destinado a Jasper Kenwell y los Vallance, así como la acumulación de datos obtenidos verbalmente por parte de Harriett y sus invitados...

—En realidad —dijo finalmente Dawson—, sólo nos falta obtener un pequeño detalle.

—¿Qué detalle? —se interesó Da ve.

—Los móviles. Admitiendo que algo tuviese preocupado u obsesionado a Leander Vallance, y que incluso a una hora tan poco adecuada quisiera comentarlo con la víctima, tenemos que preguntarnos de qué se trataba.

—Pero Leander me dijo que... —empezó Blanche.

—Señora Vallance —la interrumpió Dawson—, la cuestión tenía que ser mucho más importante de lo que su marido le dio a entender a usted.

—Bueno, tanto Jasper como mi marido siempre se tomaron muy en serio los negocios, y si...

—No, no, perdone —la interrumpió de nuevo Dawson—, ¿Debemos pensar que su marido esperó a venir a esta casa para resolver asuntos con el señor Kenwell, al que veía diariamente a todas horas? A mí no me parece razonable. Mejor dicho: me parece absurdo. Veamos: ¿ustedes están seguros de que todo marchaba perfectamente en su empresa? ¿No había problemas de ninguna clase?

—En absoluto —saltó Manning—. Puede usted estar segurísimo de ello, teniente.

—Entonces, debemos buscar las causas de la inquietud del señor

Vallance por otro lado, ¿no? —Dawson torció el gesto ante el cambio de desconcertadas miradas que hubo entre los socios de la «World Confections»—. ¿No hay nada aparte de los negocios que pudiese enemistar a los señores Kenwell y Vallance?

—Ya le hemos dicho —murmuró Da ve— que siempre fuimos todos buenos amigos. Lo que usted sugiere es imposible.

—Entonces, las causas deben estar en los negocios. ¡Vamos, señor Gibbons, un hombre no mata a otro por una tontería! Si eran buenos amigos hasta que todos se retiraron a dormir, tenían que ser buenos amigos una hora más tarde, ¿no les parece? Y si esto era así, esa enemistad surgió en esa hora.

—¿Cómo demonios habían de enemistarse? —refunfuñó Manning—. Todos estábamos en nuestras habitaciones. Y la única que salió —miró a Grace, que bajó la mirada— tenía sus motivos para visitar a Jasper.

—Señor Manning: el señor Vallance también tenía *sus* motivos para visitar al señor Kenwell. Y si los motivos no eran de índole personal, tenían que ser de negocios. Veamos... ¿Qué pasará ahora con la «World Confections»?

—¿Qué quiere decir?

—Lo preguntaré de otro modo. ¿Quién se beneficia de la muerte del señor Kenwell?

—Nadie —parpadeó Manning—. Es decir, todos, a partes iguales. Está estipulado en los estatutos de la sociedad que si uno de los accionistas muere sin dejar herederos sus acciones se reparten por igual entre los demás socios.

—Por lo que yo entiendo —reflexionó Dawson—, todo se reducirá a que todos serán un poco más ricos, y nada más.

—Exactamente. Pero, teniente, con mucho gusto le mostraré los resúmenes de los ejercicios anuales, y cuando usted vea los beneficios que cada uno obtenemos comprenderá que los dólares suplementarios que nos corresponderían al faltar Jasper no tienen demasiada importancia. En cuanto a Leander Vallance concretamente, él sabe perfectamente que sólo le iba a corresponder una parte. Y gana lo suficiente y es lo bastante inteligente como para no hacer locuras por esa parte.

—Entiendo. Bien..., ya me doy cuenta de que ustedes no pueden ayudarme más, así que tendré que investigar por mis propios medios las relaciones Kenwell-Vallance..., y si realmente usted está dispuesto a ser tan amable, señor Manning, quizá metamos un poco las narices en los asuntos de la «World Confections».

—Pueden ustedes meter las narices donde quieran.

—De acuerdo. Mmm... Bueno, supongo que ya no van ustedes a salir en el yate, ¿verdad?

—Claro que no. En lo que a mí respecta, voy a regresar a casa en cuanto usted lo autorice.

—Pueden hacerlo cuando gusten. Pero les agradecería a todos que sí tuviesen que ausentarse de Miami me lo notificasen. Y ni que decir tiene —sonrió con su característica amabilidad— que cualquier cosa que recordasen o cualquier dato que obtuviesen sobre lo sucedido será muy bien recibido por mí. Muchas gracias a todos y buenas noches..., es decir, casi buenos días. ¿Scrane?

Señaló hacia la puerta del salón, y Scrane fue hacia allí. Salieron juntos de la casa.

— ¿Qué pasa? —gruñó Scrane.

— ¿Qué opinas de todo esto? —preguntó a su vez Dawson.

— ¿Cómo que qué opino? —gruñó Scrane, mirándole torvamente—. La cosa está bastante clara, ¿no?

—Sí. Pero te he hecho una pregunta: ¿qué opinas?

—Vallance mató a Kenwell porque no se entendieron en algo, y luego, cuando comprendió que yo lo iba a descubrir, escapó, eso es todo. No tardaréis mucho en cazarlo.

—Scrane: ¿realmente estabas aquí como invitado..., antes de que sucediese nada?

—Sí.

El teniente Dawson fue hacia su coche. Scrane lo estuvo mirando con el ceño fruncido, y de pronto dio media vuelta y regresó al interior de la casa. En el salón, los Manning y Dave se despedían de Harriett. Scrane se fijó en Emily, que parecía inquieta, desasosegada; por un momento, le pareció que iba a dirigirse a él, pero no fue así. Dave sí se acercó a Scrane, con la mano tendida.

—De modo que no es un poeta, a fin de cuentas —murmuró.

Scrane gruñó algo, y aceptó la mano, como de mala gana. Los Manning también se despidieron de él, y de nuevo le pareció a Scrane que Emily quería decirle algo, pero se limitó a una despedida convencional. Grace también se despidió. Y finalmente lo hizo Blanche, pese a que Harriett le insistió para que se quedase. La respuesta de Blanche no sorprendió en absoluto a Scrane.

—Prefiero volver a casa, Harriett. Quizá Leander me llame, y yo pueda... pueda ayudarle en algo.

—Lo único que conseguiría usted —dijo secamente Scrane—, será complicarse la vida, Blanche.

—Pero... pero algo tengo que hacer...

—Haga lo que haga, a su marido lo capturarán. Pero, en fin, allá usted. Yo también me voy, Harriett.

—Sí, claro. Nos veremos luego, Nat...

—Yo te llamaré —asintió Scrane.

Poco después, emprendía el regreso a su casa, conduciendo

plácidamente el «Toyota». Era un bello amanecer, incrementado por la tranquilidad ciudadana del sábado. Conducir en aquellas circunstancias era un auténtico placer, de modo que Scrane lo hizo lentamente. No tenía ninguna prisa en llegar a su casa: al fin y al cabo, nadie le esperaba allí...

Al entrar en la casa se vio en el pequeño espejo del vestíbulo: barbudo, con gesto asqueado, cansado. Se quedó mirándose atentamente: un cerdo. Un cerdo que había cometido la vileza de convertir su lecho de invitado en una pocilga en la que había revolcado a Harriett.

En el salón encontró la botella de whisky, pero estaba casi vacía. La apuró de un corto trago, soltó un gruñido, y fue al despacho. Allí, de un cajón de la mesa, sacó otra botella, bebió un trago más largo, y se dispuso a salir. Cuando estaba junto a la puerta, la volvió, y se quedó mirando la fotografía de Eleanor.

— ¿Y tú? —preguntó—. ¿Qué eres tú?

Esa era una buena pregunta. ¿Qué era Eleanor?

Scrane tuvo la sensación de que oía la voz de la pequeña Jenny llamando a su madre; se la imaginó corriendo por la calle en pos de Eleanor; oyó el rechinar de unos neumáticos en el asfalto, los gritos de la gente, el chillido asustado de Jenny antes de ser lanzada a gran distancia como un guiñapo... Un guiñapo que había muerto en sus brazos. Incluso recordó, con estremecedora nitidez, el rostro del conductor del automóvil: era un hombre de unos cincuenta años, de mediana estatura, un poco obeso, bien vestido, educado... Llevaba gafas. Era un poco calvo, tenía la boca pequeña. El hombre se puso a llorar cuando el propio Scrane fue a decirle a la sala de espera del hospital que la niña había muerto...

Le importaba un pito todo. Lo único que le importaba era encontrar a Eleanor. ¡Ah, sí, eso sí le importaba...! Se imaginaba el momento, el gran momento. Alguno de sus amigos le habría dicho dónde había sido vista, él iría, la encontraría por fin...

¡Qué hermosa escena! ¡Qué fantástica, alegre, reconfortante escena cuando se encontrasen frente a frente! Ella caería de rodillas ante él, lloraría, le suplicaría que no la lastimase... Entonces, él, después de dejarla llorar y suplicar, sacaría su automática y le clavaría dos balas en el vientre. O tres. Luego, mientras ella se revolcaba loca de dolor y llanto, él le vaciaría un ojo de un disparo, y luego el otro, y luego...

Scrane abrió los ojos, sobresaltado, y la escena que tan nítidamente había estado viendo en su mente desapareció, se esfumó, se disolvió. Lástima. Bebió otro trago, y escupió parte de él al rostro acribillado de Eleanor. Abrió la puerta completamente, ocultando la fotografía, y se dispuso a salir.

Pero se detuvo en seco.

¿Y si hubiese alguna llamada?

Volvió a la mesa, y puso en marcha el contestador automático. Había una llamada, sí. Sonó la voz de Harriett.

—Nat, te estoy llamando cuando sólo hace un minuto que te has marchado de casa. Nat: te amo.

Esto era todo.

Apagó el contestador, rodeó la mesa, se dejó caer en el sillón, y puso los pies sobre la mesa.

La pregunta era inevitable: ¿qué habría hecho Harriett en el sitio de Eleanor? La conclusión a que llegó Scrane exacerbó furiosamente \u úlcera: seguramente, lo mismo.

Había que ser objetivo, siempre, siempre. Y con esta objetividad, Scrane se dijo que no tenía derecho a juzgar a Harriett por algo que no había hecho..., y que quizá nunca habría hecho. Sí... ¡Era tan dulce!

La primera vez que vio su rostro... ¡Oh!, sí, en verdad que fue divertido, simpático, gracioso...

*Estaba delante de una estantería de aquella librería, examinando un volumen, cuando de pronto oyó la exclamación, casi un grito de sobresalto, Miró al hueco que había en la estantería, y a! otro lado vio aquel rostro que le pareció irreal. En seguida comprendió que. Al otro lado de la doble estantería, alguien había retirado también algunos volúmenes, y le había visto a él. Era un rostro tan precioso que Scrane se quedó pasmado mirándolo encuadrado en libros. Y de pronto, se dio cuenta de que la muchacha lo estaba mirando asustada.*

— ¿Qué le pasa a usted? —gruñó.

— Yo... Yo... ¡Oh, nada!

¿Por qué ha gritado, entonces?

—Es que... me he asustado... al verle.

*Scrane frunció el ceño, emitió un gruñido, y tras dejar violentamente el libro en el estante, continuó deambulando por la enorme librería. Diez minutos más tarde había elegido dos libros, y fue a pagarlos a la caja. Delante de él vio una muchacha de cabellos rubios y figura sensacional. Pagó sus libros, salió de la librería..., y casi tropezó con ella. Alzó la mirada, vio los ojos verdiazules, y la identificó.*

—Le... le estaba esperando —dijo ella.

— ¿Ah, sí? ¿Qué le pasa? ¿Es usted masoquista?

—No —exclamó—. ¡Además, tampoco hay para tanto!

—Pues por el grito que dio pensé que había visto al Hombre Lobo, o algo así.

—Por favor, perdóneme —pidió ella—. Es que no esperaba ver a nadie detrás de los libros, y al ver su cabeza...

—Está bien. ¿Qué quiere?

—Sólo quería pedirle disculpas.

— ¡Ah! ¿Eso quiere decir que le parezco atractivo?

La muchacha se quedó mirándole con cierta expectación, como valorándolo. Por fin, sonrió.

—La verdad es que más bien sí.

—Vaya... ¿O sea, que de hombre-lobo, nada?

— ¡Nada de hombre-lobo!

— Y de masoquista..., ¿nada?

—Le aseguro que no soy masoquista. ¿Qué libros ha comprado?

— ¿Y a usted qué demonios le importa? —graznó Scrane.

—Me gustaría saber qué clase de libros lee.

—Me han costado doce noventa. Se los vendo por veinte pavos. Así se enterará de lo que leo.

— Yo me he gastado veinticinco setenta y cinco ¿Cambiamos?

—Sobran cuatro setenta y cinco.

—Bueno. Podemos tomar un café.

— ¿De verdad no es usted masoquista?

— De verdad ¡Vamos...! Usted sabe que es un hombre atractivo, señor... señor...

—Scrane. ¿Le gustó?

—Hasta cierto punto.

— ¿Se viene a la cama conmigo?

— ¡No me gusta tanto! —rió ella—, Pero si acepta el cambio de libros, yo acepto su café.

—Le advierto que tengo muy mala leche.

—No importa. A mí me gusta el café solo.

Si. Había sido gracioso aquello, desde luego. La invitó a café, pero él tomó whisky, y lo que más le gustó de ella fue que no hizo comentario alguno al respecto.

## CAPÍTULO IX

Debían ser poco más de las diez de la mañana cuando estaba hecho un brazo de mar, afeitado, bañado, con ropa limpia, y algo mejor del estómago.

La actitud de Leander Vallance había sido de lo más idiota. Sí, á poco que reflexionase al respecto, le parecía una actitud idiota. ¿Qué habría hecho él, Scrane en su lugar? ¿Habría hecho lo mismo qua Vallance?

La respuesta fue negativa. Pero no ya referida solamente a aquella descabellada fuga, sino empezando por el principio: si él hubiese matado a Kenwell a golpes con un cenicero no habría vuelto a su habitación con el cenicero, desde luego. Lo que habría hecho habría sido cerrar la puerta del dormitorio de Kenwell, y lavar el cenicero allí mismo, en el cuarto de baño, recoger las colillas y la ceniza, dejarlo todo ordenado en este sentido, y entonces sí, sin prisas, había vuelto a su dormitorio.

Oyó la llegada del coche ante su casa cuando eran las once menos veinte minutos. Es decir, que ella no había tardado demasiado en decidirse. Scrane se puso en pie, y fue hacia la puerta. Cuando la abrió Emily Manning estaba a punto de tocar el timbre. La bella Emily lanzó un grito sobresaltado, y quedó inmóvil con la mano alzada y fijos sus grandes ojos, muy abiertos, en los de Scrane, que sonrió casi amablemente.

—Pase, Emily: la estaba esperando.

— ¿Me estaba... esperando? —balbució ella.

Scrane asintió, la tomó del brazo, y la hizo entrar. Cerró la puerta, y condujo a Emily hacia uno de los sillones. El se sentó en su favorito, frente a la muchacha, que le contemplaba todavía un poco) sobresaltada.

— ¿Quiere tomar algo? ¿Café?

—No... No, gracias. ¿Cómo sabía usted que yo iba a venir a visitarle?

—Simple intuición..., y un poquito de perspicacia. En casa de Harriett me pareció que usted quería decirme algo. ¿Me equivoqué?

—No...

— ¿Y bien?

—Quiero... quisiera contratarle, Scrane.

—Entiendo. Desea que le escriba unos versos.

—No, no... ¡Se está burlando de mí!

—Señora Manning, yo no tengo el suficiente humor para burlarme de los demás. Pero está bien, no quiere usted comprarme versos... ¿Qué quiere entonces?

—Le necesito como... como investigador.

—No ejerzo. Estoy siempre muy ocupado con un solo trabajo, y cuando lo termine me parece que no podré dedicarme a nada más. Digamos que no estaré... disponible. Pero, en fin, ¿a qué negarlo?, siento mucho interés por lo que usted tiene que decirme, y si no es ninguna tontería, seguramente aceptaré su encargo. ¿De qué se trata?

—Tiene... tiene que encontrar usted unas fotografías.

—Unas fotografías —asintió Scrane—. ¿Las ha perdido?

—No... No exactamente. Creo que sé dónde están, pero yo no podría... buscarlas allí. Bueno, sí que podría, pero sería todo... muy comprometido y arriesgado para mí. Y también comprometería a Harriett, lo cual no es mi intención.

—Eso es muy considerado por su parte. ¿Qué tiene que ver Harriett con esas fotografías?

—Están en su casa. Creo... creo que tienen que estar en el dormitorio donde... donde...

— ¿Donde murió Jasper Kenwell?

—Sí. El... las tenía.

Scrane encendió un cigarrillo.

— ¿Qué clase de fotografías son éstas? —murmuró.

—Es que... Bueno, yo preferiría no... no decirle...

—Vamos, no sea absurda —gruñó Scrane, envuelto en humo.

—Son... son de Leander y... y de mí.

—De Vallance y de usted. ¿Juntos?

—Sí... Sí.

— ¿Desnudos? ¿Haciendo el amor?

—Sí —susurró Emily.

— ¿Se las mostró Jasper Kenwell en casa de Harriett, después de la cena?

Emily alzó vivamente la cabeza.

— ¡Sí! ¿Cómo lo sabe...?

—Eso sí ha sido intuición —murmuró Scrane—. ¿Fue eso lo que > la molestó tanto cuando estábamos en el salón tomando licores? ¿Se] las enseñó entonces?

—No, no. Ya... ya me las había enseñado antes, en un aparte. Cuando usted nos vio sólo... sólo estábamos hablando.

— ¿De qué?

—Jasper me... me estaba pidiendo... una cita.

—Lo cual es una cerdada. ¿Qué le contestó usted?

—Le dije... le dije precisamente que era un cerdo. Pero no parecía... importarle demasiado lo que opinara de él. Dijo... que lo

pensase bien, que a fin de cuentas no era tan malo, y que... y que si me había acostado con Leander también podía hacerlo con él.

—Ese es un punto de vista teóricamente admisible. Pero vamos a la conclusión. ¿Aceptó usted?

—Le dije que lo pensaría. Y él... él me dijo que lo pensase durante este fin de semana, porque el lunes quería verme. Me dijo..., me dijo que no hiciese tonterías, que podíamos pasarlo muy bien. Y dijo que si me negaba le enviaría las fotografías a mi marido.

—Ya. ¡Menudo disgusto para el buen señor Manning! ¿O quizá no sería un gran disgusto?

—Adolph se... se habría llevado un disgusto... de muerte.

—Tampoco hay que exagerar.

—Es posible que en parte tenga usted razón, sí... Quizás Adolph haya pensado alguna vez que tengo alguna... aventura sexual. Eso podría admitirlo, tal vez. Pero Adolph tiene una mentalidad... demasiado rectilínea. Seguramente, se haría el tonto si sospechase que me había acostado con algún qué otro guapo muchacho conocido ocasionalmente, pero no soportaría la... la suciedad de las personas que él estima. Para él sería un golpe terrible enterarse de que le estaba engañando con uno de sus mejores amigos y socios. No sólo por mí, sino por Leander. En fin, por todo, esa mentira continua, esa burla permanente...

—Entiendo. Sí, eso tiene sentido. ¿Y Kenwell dijo que si no se dejaba usted gozar por él enviaría las fotos a su marido?

—Lo dijo muy claramente.

— ¿Cómo consiguió Kenwell esas fotos?

—Fueron tomadas en el «bungalow».

— ¿Qué «bungalow»?

—Bueno, yo... O sea, Leander... Quiero decir que Leander alquiló un «bungalow» hace algún tiempo, cuando... cuando comenzamos a vernos. Las primeras veces fuimos a un motel, pero le dije que no quería hacerlo más así, que me parecía demasiado arriesgado. Entonces, él alquiló un pequeño «bungalow» cerca de la playa, y... y desde entonces siempre íbamos allí, cuando... cuando podíamos.

— ¿Quiere decir que Kenwell tomó las fotografías de usted y Vallance fornicando dentro del «bungalow»?

—Sí.

— ¿Cómo pudo tomar las fotografías?

—Me dijo que nos había seguido un par de veces... Un día, él fue solo al «bungalow», y practicó un agujero en el marco de una ventana. Después... después de eso nos... nos estuvo mirando algunas veces mientras... mientras Leander y yo... Bueno, me... me dijo que al principio lo hizo más que nada porque le parecía divertido lodo aquello, pero que después de verme... de verme hacerlo con Leander

lo... lo había vuelto loco y que él también quería... que le hiciese... que le hiciese lo... que él y yo...

—Tranquilícese. Y no se mortifique, Emily. En lo que a mí respecta no va a sorprenderme ni escandalizarme lo que hagan un hombre y una mujer que se gustan. Bien, Kenwell quería acostarse con usted. ¿No se lo dijo hasta tener las fotografías?

—No.

—O sea, que fue sobre seguro. Si se lo decía antes, ya no podría hacer nada luego, si usted se negaba. Su marido no creería a Kenwell, o no querría creerlo. Pero tendría que creer unas fotografías. Y él las tomó para poder presionarla a usted... Eso es propio de un hombre inteligente... y sin demasiados escrúpulos, desde luego. Bueno, Kenwell habló con usted anoche, y todo eso. Y usted se lo dijo a Vallance, ¿no es cierto?

—Sí... Sí, se lo dije.

—Con lo cual le ocasionó una tremenda preocupación. Supongo que la perspectiva no era buena para Vallance si el señor Manning recibía esa fotografía; no sólo en la cuestión personal, sino en la de los negocios. Todo podía complicarse demasiado. Así que Vallance, iras mucho pensar, resolvió ir a pedirle las fotografías a Kenwell cuando supuso que todos dormíamos. Entró en su habitación, conversó con él, quizá discutieron, y...

Emily emitió un sollozo, y escondió el rostro con las manos. Scrane dejó la colilla en el cenicero, y se quedó mirando la reluciente cabellera femenina. ¿Móviles para el crimen? Bueno, ya los tenían. Aunque no era propiamente un crimen, un asesinato, en el sentido exacto de la palabra, sino un homicidio circunstancial.

Emily se fue calmando, y sólo entonces preguntó Scrane:

— ¿Dónde está ese «bungalow»?

—Hacia el Sur, cerca de Cutler Ridge, en la playa. Es... es un sitio agradable y poco frecuentado.

—Seguramente, Vallance fue allá con la lancha anoche. Era mucho más discreto, y hasta más rápido que ir en coche ¿Tiene allí ropas, dinero...?

—Dinero, no sé. Pero sí tiene algo de ropa informal: trajes de baño, zapatillas deportivas, algunas camisas... Cosas así.

—Usted sabía esto anoche, Emily. ¿Por qué no lo dijo?

— ¡No quiero que Adolph se entere de todo esto!

—Pero la Policía tiene que saberlo, ¿no lo comprende? Están buscando a Vallance, y sé muy bien que lo encontrarán. Tardarán un día o dos o veinte, pero al final encontrarán la lancha, y el «bungalow», y harán investigaciones en ese sentido... Alguien los vería a ustedes alguna vez, los describirán... Le aseguro que el teniente Dawson no es un tonto, Emily. Mi consejo es que le digamos lo

ocurrido.

— ¡No! ¡Yo he venido a contratarlo para que usted recupere las fotografías!

—Mire, Dawson no parará hasta encontrar no sólo a Vallance, sino los móviles. Mientras buscan a Vallance, él estará metiendo las narices en todas partes.

—Pero yo no quiero que Adolph sepa...

—Quizá podamos arreglarlo. Lo que Dawson quiere es una explicación de los hechos. Si la obtiene, y puede presentar un informe completo de lo sucedido, será muy discreto. Pero no todo dependerá de él y sus superiores, que son tolerantes hasta cierto punto para cosas como ésta, sino de Vallance. Si, finalmente, lo capturan, y no dude que así ocurrirá, Vallance lo dirá todo. Tiene que defenderse de alguna manera, acusará a Kenwell de chantaje... Emily: es inevitable que su marido se entere, a menos que jamás capturen a Vallance. Pero yo no confiaría demasiado en eso, francamente.

—Pero entonces... ¿qué... qué puedo hacer? ¿Qué podemos hacer? ¡Estoy tan arrepentida de todo esto!

Scrane la miró con clara hostilidad, y soltó un gruñido.

—Me recuerda usted al tipo que salvó la vida gracias a un pedo, nena —masculló.

— ¿Qué... qué dice?

—Es la historia de un tipo que se pasó yo qué sé cuánto tiempo haciendo putadas a sus vecinos. Un día, éstos se cansaron, le caza ron como a una bestia, y lo maniataron. Lo pusieron frente a una pared, le mostraron sus rifles y carabinas, y le dijeron que a menos que pidiese perdón por lo que había estado haciendo y que asegurase que nunca más volvería a molestar, lo iban a fusilar. Era un tipo pequeñajo y feo, más malo que un cáncer..., pero tenía unos cojones enormes. Dijo que él no pedía perdón por nada, y que si querían matarlo, allá ellos. Así que sus vecinos se dispusieron a matarlo... Cuando lo estaban apuntando para fusilarlo, al tipo se le escapó un pedo, de puro miedo. Y entonces, quizá como un reflejo de la educación de años pasados, dijo: «perdón». Así que no lo mataron, porque creyeron que había pedido perdón por lo que había hecho, no por el pedo, que nadie había oído. Lo dejaron marchar. Pero como volvió a las andadas, poco después lo lincharon.

Emily Manning miraba como fascinada a Scrane, cuyo gesto era por demás agrio, cínico.

—Lo que quiero decir —masculló Scrane— es que usted se arrepiente del pedo, pero no del mal que ha estado haciendo. ¿Comprende?

—No... no muy bien...

—Dejémoslo. ¿Sabe si Vallance le contó esto a Blanche?

— ¡Supongo que no! —se sobresaltó Emily.

—No suponga usted nada sobre los demás, o se llevará muchos chascos y sorpresas. Claro que, lógicamente, Vallance no debió decírselo a su esposa, pero nunca se sabe lo que es capaz de decir un hombre asustado. Y Vallance debía estar muy asustado después de matar a Kenwell, ¿no le parece?

—Sí... Claro. Pero Blanche... lo habría dicho, ¿no?

—Esa es otra suposición suya, Emily.

—Dios mío...

—Será mejor que no nos estrujemos demasiado los sesos ahora. En mi opinión, lo primero que debemos hacer es ir a buscar esas fotografías. Si no las encontramos será porque, seguramente, las tiene Blanche. ¡Y entonces será cuando no entenderé nada de nada!

## CAPÍTULO X

Pero las cosas no fueron tan complicadas.

Las fotografías fueron encontradas por Scrane, y mucho más rápidamente de lo que habría cabido esperar. Aunque quizá no.

Por otra parte, el lugar donde fueron encontradas tenía no poca lógica: entre las páginas del libro que había sobre la mesita de noche, y que nadie, ni siquiera la Policía, había tocado, evidentemente.

— ¿Este libro es de tu biblioteca o lo trajo él? —preguntó Scrane a la desorientada Harriett.

—No sé... Creo recordarlo. Si, seguramente es de mi biblioteca.

Scrane se imaginó lo ocurrido: Kenwell se despide de todos, y antes de subir a su dormitorio, pasa por la biblioteca a buscar un libro; muy discreto, está dispuesto a esperar que Grace vaya a su habitación en el momento oportuno, o quizá piense ir él a la habitación de ella, pero un poco tarde: no hay necesidad de que nadie tenga que afrontar claramente el hecho de que Grace y él, invitados en casa ajena, se acuesten juntos. Muy bien. Así que Kenwell se acuesta, y se pone a leer. Pero... tiene las fotografías de Emily y Vallance; excitantes fotografías. Y se pone a leer, o continúa mirándolas. Y de pronto, Vallance entra en la habitación. Kenwell no es tonto, ni mucho menos, y comprende que Emily ha hablado con Vallance de su chantaje. Entonces, deja el libro sobre la mesita de noche, y afronta la situación. No debe temer ninguna acción violenta por parte de Vallance, ya que sigue acostado. Vallance le habla junto a la cama, o quizá se sienta en el borde. Primero, simplemente, conversan; luego, la conversación se va agriando, quizá Kenwell va alzando el tono de voz... Entonces, Vallance agarra el cenicero y le golpea.

Había cuatro fotografías solamente, pero eran suficientes para aclarar unas relaciones sexuales. Más que suficientes.

Por fin, Scrane alzó la mirada, y vio fijos en él los ojos de Emily, que tendió tímidamente una mano hacia las fotos.

Scrane las retiró, y se las guardó en un bolsillo de su deportiva chaqueta.

—De momento las guardaré yo —murmuró.

—Pe... pero son mías... ¡Son mías!

—No. Son de Jasper Kenwell.

— ¿Qué piensas hacer con ellas?

Sin contestar, Scrane salió de la habitación. Harriett y Emily le

siguieron escaleras abajo, y entraron tras él en el salón, donde Mary estaba arreglando algo, todavía sofocada por el comentario que Scrane había hecho poco antes, al llegar acompañado de Emily, respecto a cómo había pasado la noche. Les había abierto la puerta Harriett, pero Mary también acudía, y Scrane, al verla, hizo el comentario que todavía tenía sofocada a la muchacha.

Harriett le hizo una señal a Mary, que se apresuró a abandonar el salón mirando asustada a Scrane. Este se dejó caer en un sillón, y quedó pensativo.

—Podemos hacer dos cosas —dijo de pronto, sin alzar la mirada del suelo—. Una: ir a casa de Jasper Kenwell a registrar por allí en busca de los negativos y de algunas copias que sin duda sacó de todas las fotografías. Dos: llamar al teniente Dawson y explicárselo todo. Si hacemos lo primero y conseguimos esos negativos y copias, y no consiguen capturar a Vallance, cuando menos evitaremos un gran disgusto al señor Manning. Pero tiene que quedar bien claro que yo soy partidario de hablar con Dawson.

Alzó la mirada, que pasó rápidamente de una a otra. Harriett miró a Emily, que se retorció las manos.

—Yo... yo preferiría... lo otro, señor Scrane —murmuró.

—Le expondré otro problema suplementario: Dawson ya debe haber ido al domicilio de Kenwell, en busca de algún indicio sobre los motivos de la discusión entre él y Vallance. Quizás haya encontrado las fotografías, quizá no. Si las ha encontrado, nos haremos los tontos y le diremos que precisamente íbamos a hablarle de ello. Si no las ha encontrado, tendremos que encontrarlas nosotros. Y eso no va a ser fácil, porque en cuanto nos vean aparecer por allí, Dawson será informado y querrá saber qué hacemos en el domicilio de Kenwell. Luego, está el pequeño problema de entrar en el apartamento. Yo puedo abrir casi cualquier puerta con una ganzúa, pero espero que las dos se den cuenta del lío que eso podría ser para mí. Dawson es amigo mío, pero, tanto él como yo, cuando trabajamos somos implacables; lo que significa que Dawson, comprendiendo que yo sé algo que él no sabe, me extorsionará con denunciar mi acto ilegal si no le digo de qué va el asunto de mi allanamiento de morada. Es lo que entre nosotros llamamos un «Yo te amo si tú me amas». El olvidarla mi pequeño delito a cambio de mi información... Bueno, Emily, a poco que usted reflexione sobre esto comprenderá que lo tenemos francamente mal. ¿Me he explicado?

Se había explicado tan bien que Emily no tuvo más remedio que asentir, en silencio.

—¿Y si se lo dijéramos a Grace? —dijo de repente Harriett— ¡Ella podría ayudarnos!

—¿De qué modo? —le miró Scrane, sorprendido.

—Bueno, si ella y Jasper eran... amigos, tal vez Grace tenga una llave del apartamento de él. Podríamos pedirle que fuese allí a buscar las fotografías. Y si el teniente Dawson le preguntaba a Grace qué hacía allí, ella podía decir que había ido a buscar algo suyo... Esto tiene sentido, ¿no, Nat?

—Sí —admitió éste—. Pero ya metemos a otra persona en el juego.

— ¡Oh, pero yo confiaría en Grace, Nat! Además, si se trata de buscar fotografías, ella... ella...

— ¿Qué pasa? —gruñó—. ¿Por qué no sigues, Harriett?

—Es extraño —lo miró lentamente la muchacha—. Hablando de cosas que tienen sentido, de pronto he recordado... Bueno, seguramente es una tontería, Nat.

—Di lo que sea, y ya veremos.

—Emily y yo sabemos muy bien que Grace es aficionada a la fotografía desde hace tiempo. Tiene varias cámaras, un pequeño laboratorio en su casa, libros...

Scrane solía tener lo que él llamaba «cortocircuitos», algo así como malos contactos en los dispositivos de su mente; y esto solía suceder cuando su mente fría y lógica tropezaba con algo que no tenía sentido. Hasta entonces, todo se había deslizado dentro de la más clara lógica. Ahora, Scrane tuvo uno de sus cortocircuitos.

—Lo que significaría —musitó, mirando de una a otra mujer— que Kenwell apenas sabía manejar una cámara fotográfica.

Sacó las fotografías del bolsillo, y las miró, pensativo. Bueno, él era un experto en fotografía, desde luego, pero le parecieron bastante buenas. Claro que muchas veces el mérito no es del fotógrafo, sino de la cámara; hay cámaras fotográficas capaces de tomar cualquier foto con cualquier luz y en cualquier ambiente. Son caras pero..., ¿acaso Jasper Kenwell no había sido rico? Por otra parte...

El teléfono sonó en aquel instante, y los tres miraron sobresaltados el aparato. Harriett reaccionó en seguida, y fue hacia el teléfono, que seguía sonando.

— ¿Sí? —inquirió Harriett.

—¿...?

—Soy yo misma... ¿Es usted, teniente?

—Ah, pues lo ha acertado: él está aquí. Un momento, por favor — Harriett se volvió, mirando a Scrane, que caminaba ya hacia ella—. Es el teniente Dawson: quiere hablar contigo.

—Dime, Dawson.

—¿...?

—Claro que me gustaría.

—De acuerdo. Voy para allá.

Colgó. Harriett y Emily le miraban expectantes. Scrane frunció el

ceño.

— ¿Es algo malo, Nat? —preguntó Harriett.

— ¿Han... han encontrado a Leander?... —tembló la voz de Emily.

—Lo han encontrado —asintió Scrane, mirando a Emily—... pero solamente en fotografía. Como era de esperar, Dawson ha ido al apartamento de Kenwell. Han encontrado las fotografías.

— ¿Te lo ha dicho?

—No, no me lo ha dicho —sonrió desabridamente Scrane—, pero tampoco hace falta. Lo que me ha dicho es que si el caso sigue interesándome, él tiene algo que quizá podría interesarme, algo que ha encontrado en el apartamento de Jasper Kenwell.

—Quizá no sean las fotografías —se esperanzó Emily.

Scrane movió negativamente la cabeza.

—Estoy seguro de que son las fotografías. Usted vendrá conmigo, Emily. Harriett, localízame a Grace, y dile que tengo que hablar con ella; consígueme una cita, donde ella quiera.

Harriett tomó a Scrane de las manos, lo acercó, y se alzó sobre las puntas de los pies, para besarlo en los labios suavemente.

—Gracias por todo lo que estás haciendo, Nat.

—Las gracias deberíamos dárselas todos a Dawson: su llamada sólo significa que está dispuesto a tener la máxima consideración con todos vosotros en este asunto.

Scrane besó a Harriett en la punta de la nariz, casi consiguió sonreír, y se dirigió hacia la puerta del salón, seguido de Emily.

\* \* \*

El teniente Dawson acudió hacia ellos con expresión seria, pero amable. Saludó con leve inclinación de cabeza a Emily y con un gesto confianzudo a Scrane, el cual, inmediatamente, dijo:

—Me alegro que me hayas encontrado, Dawson. Precisamente me disponía a buscarte yo a ti. Hemos encontrado algo que estoy seguro te parecerá muy interesante.

— ¿Sí? —ladeó la cabeza el policía—. ¿Qué has encontrado?

Scrane le tendió las fotografías. Dawson las miró, lentamente, sin que un solo músculo de su rostro cambiase de posición. Luego, señaló el sofá del saloncito del apartamento de Jasper Kenwell.

Cuando Emily y Scrane se hubieron sentado en el sofá, Dawson lo hizo en un sillón.

— ¿Dónde estaban? —preguntó.

Excepto sus dudas y vacilaciones, Scrane explicó a Dawson la más estricta verdad sobre las fotografías. Dawson sabía escuchar, y lo había demostrado aquella madrugada. Tampoco ahora interrumpió ni una sola vez a Scrane. Sólo cuando éste hubo terminado, Dawson sonrió, y comentó:

—Me pregunto qué haríamos nosotros sin ti, Scrane. Antes nos lo diste todo masticado; ahora, nos pones sobre una pista segura de Leander Vallance... Me alegro de haber confiado en ti.

—Siempre nos hemos entendido bien, ¿no? —gruñó Scrane.

—En efecto. Y por eso, antes de dar circulación a una pista con seguida por mí mismo, me pareció que debía cambiar impresiones contigo. ¿Me perdonan un momento? Como es natural, iremos a ese «bungalow», así que voy a dar las órdenes oportunas. En seguida vuelvo... ¡Oh!, señora Manning, por supuesto contamos con que usted nos lleve directamente allí. ¿Le parece bien?

—Supongo que debo hacerlo —murmuró Emily.

—Se lo agradeceríamos mucho, pues nos ahorraría tiempo y molestias. Por otra parte, espero que ya haya comprendido que nuestra intención es evitar en lo posible situaciones... desagradables para todos.

— ¿Por qué dices eso? —preguntó Scrane—, ¿Qué pista han encontrado?

Dawson sonrió, se puso en pie, y se acercó a uno de sus hombres que continuaban examinando el apartamento de Jasper Kenwell. El hombre le entregó un sobre grande, escuchó las instrucciones de Dawson, y salió del apartamento, mientras el teniente volvía a sentarse frente a Scrane y Emily, a la cual tendió el sobre, en silencio.

Emily sacó el contenido del sobre. Eran unas fotografías amplias de otras pequeñas que también estaban allí, y una tira de película en negativo. Ciertamente, se trataba de las fotografías de Emily y Vallance, sólo que había bastantes más, algunas de ellas impresionantes, quizá por estar ampliadas, Emily bajó la cabeza y se mordió los labios, mientras Scrane, a su lado, le quitó de las manos las fotografías, las metió en el sobre, y tendió éste a Dawson.

— ¿Dónde estaban? —preguntó.

—En un cajón de la mesa escritorio —Dawson señaló con el pulgar hacia el fondo del apartamento—. Hay un pequeño despacho privado allá dentro. Claro está, Scrane, conseguimos la orden judicial correspondiente para registrar esto. Rutina, ya sabes.

—Sí.

—Bien, me complace observar que tu buena disposición hacia mí era tan buena como la mía hacia ti y tus amigos. Quería que supierais que ya tenemos los móviles de la discusión que terminó en homicidio.

—Lo que significa —murmuró Scrane— que estás dispuesto a no hacer público el hallazgo de estas fotos.

—Haremos lo posible por evitarlo. Aunque quizá tú ya hayas comprendido que cuando encontremos a Vallance, éste las mencionará. Es algo que puede atenuar su acción: a fin de cuentas, Kenwell había iniciado un... chantaje sexual contra la señora Manning.

Cualquier abogado aconsejaría a Vallance que hable de esto, y no creo que Vallance se niegue a hacerlo. ¿Está de acuerdo conmigo, señora Manning?

—No sé... No sé lo que hará Leander, teniente. No lo sé.

—Sí, supongo que es imprevisible..., aunque no demasiado. En fin, nosotros hemos hecho todo lo que hemos podido. ¿No tiene usted nada más que decir, señora Manning?

—No... No. Quiero decir que... que no sé qué más decir.

—Si se le ocurre algo, avíseme —sonrió Dawson—. Bueno, ¿les parece que salgamos hacia Cutler Ridge?

—Sí... Sí.

—Bueno, Dawson, no creo que a mí me necesites para nada, ¿verdad? —preguntó Scrane.

—Claro que no —se sorprendió el policía—; pero me pareció que te gustaría echar un vistazo a ese «bungalow».

— ¿Para qué? —encogió los hombros Scrane—. Ni seré útil, ni siento interés por eso. Prefiero volver con la señorita Lovinson, que ha quedado muy inquieta.

—Ah, sí —sonrió Dawson—, la señorita Lovinson. Me pareció que podías estar allí cuando llamé a tu casa y no contestabas... Es una joven encantadora.

—Sí —gruñó Scrane—, lo es.

—Bueno, bueno, de acuerdo —Dawson palmeó en un brazo a Scrane—, Nos las arreglaremos sin ti, y ya te diré algo cuando volvamos a vernos. Saluda de mi parte a la señorita Lovinson. Y despreocúpate de la señora Manning: ya has visto que estamos haciendo las cosas del mejor modo posible.

—Sí. Bien, hasta la vista... ¡Adiós, Emily!

Scrane abandonó el apartamento de Jasper Kenwell, seguido por la mirada del teniente Dawson. Poco después, Scrane ante la cabina encristalada del portero del edificio, en el lujoso vestíbulo, y le hizo una seña al hombre, que se apresuró a salir. Por su expresión, Scrane comprendió que creía que él era un policía. Bueno.

— ¿Diga, señor? —inquirió el portero.

—Entiendo que usted ha proporcionado al teniente Dawson la llave maestra para entrar en el apartamento del señor Kenwell.

—Sí, en efecto. ¿Qué está ocurriendo?

—El teniente se lo explicará en su momento —se esforzó Scrane en parecer amable—. Sólo quería decirle a usted que si viene alguien a visitar al señor Kenwell no le diga nada, que lo deje subir sin explicaciones. ¿Comprende?

—Sí, sí.

—Gracias. Bien, hasta otra... Oh, un momento, ya que hablamos de eso: ¿recibía muchas visitas el señor Kenwell?

—No. Bueno, de cuando en cuando se reunía con algunos amigos; gente de categoría, claro.

—Ya. ¿Siempre venían en grupo?

—Pues... Vaya, últimamente una de sus amigas venía sola con cierta frecuencia.

— ¿Recuerda cuándo vino por última vez esa dama a visitar al señor Kenwell?

—Ayer mismo, por la tarde. Por cierto que se fue yo diría que un poquito enfadada.

— ¿Sí? ¿Por qué?

—Supongo que debía estar citada con él, como otras veces, pero resultó que él ya se había marchado cuando ella llegó. Me dijo que tenía que haberla avisado de que el señor Kenwell no estaba en casa, pero, ¿cómo podía saber yo si estaba o no? El señor Kenwell debió descender directamente desde su apartamento al estacionamiento subterráneo, y se fue sin que yo me enterase. No puedo estar pendiente de la puerta del estacionamiento y del vestíbulo, ¿verdad?

—Por supuesto. ¿De modo que ella se fue enfadada?

—Un poco. Pero no conmigo, pues comprendió mi explicación. Ya le digo que es una dama simpática.

— ¿Ella tiene llave del apartamento del señor Kenwell?

—Que yo sepa, no.

Scrane salió del edificio, fue adonde había dejado el «Toyota», se sentó ante el volante y partió después de haber encendido un cigarrillo.

Ya tenía más o menos en orden los pensamientos. Ahora sólo faltaba que las explicaciones de Grace fueran suficientes para reparar completamente el «cortocircuito».

## CAPÍTULO XI

Grace vivía en una encantadora casita blanca con ventanas pintadas de azul, rodeada de un pequeño y no menos encantador jardín en el que había una pequeña piscina de forma caprichosa, junto a la cual, precisamente, estaba ella tomando el sol en «monokini». protegida de las miradas de la calle por unos floridos y olorosos arbustos de flores. Scrane la vio allí cuando recorría el sendero de losas irregulares incrustadas en el césped, y, al mismo tiempo, ella alzaba un brazo.

— ¡Señor Scrane! —llamó, sentándose sobre la toalla.

Scrane llegó a ver los macizos y hermosos senos de Grace en un lento bailoteo un instante antes de que ella se colocase una toalla bajo las axilas, mientras se ponía en pie. Tenía unas piernas y unas caderas fabulosas, sin la menor duda. Era muy fácil comprender lo que sentía el portero de Kenwell al ver a Grace,

—Espero no molestarla —murmuró Scrane, llegando ante ella.

—Claro que no —negó Grace—. Harriett me ha puesto al corriente del caso, y yo también pienso que es conveniente que hablemos. ¿Quiere que entremos en la casa o prefiere que nos sentemos en el césped?

Scrane parpadeó. Miró hacia la calle, la West 27th de Hialeah, junto a uno de los canales que desembocaban en el Miami Canal. No pasaba nadie, no se oía nada. Era un sábado de lo más apacible. Y el sol resultaba muy agradable. Un sol que Scrane había tenido muy olvidado...

—Podemos quedarnos aquí, si lo desea —musitó.

—Por mí, encantada. Me estaba... obsesionando con... con lo sucedido, y me pareció mejor no torturarme más. Creo que a pleno sol las cosas se ven... con un poco más de optimismo, ¿no le parece?

—Sí —admitió Scrane—, realmente es así.

—Entonces, sentémonos aquí mismo. Espere, será mejor que se ponga esta toalla debajo, no sea que se manche los pantalones; las manchas de hierba no son fáciles de quitar.

Grace se había quitado la toalla, dejando de nuevo los formidables pechos al descubierto. Scrane los miró, tomó la toalla, y la colocó adecuadamente. Se sentó, y Grace lo hizo de nuevo, con otro sugestivo bailoteo de pechos, expuestos otra vez al cálido sol.

—Espero que no le moleste —dijo, mirando a Scrane.

—En absoluto. Tiene usted una bonita casa.

—Sí... Es agradable, muy acogedora. Bueno, para mí sola... Cuando vivía Walter teníamos una gran quinta en Miami Beach, pero al morir él..., no sé, me pareció una tontería. Además, tenía recuerdos que me entristecían, así que la vendí y compré ésta. ¡Bueno!—Grace consiguió sonreír aceptablemente—. Creo que será mejor no remover viejas tristezas, señor Scrane.

—Lamento haber avivado esos recuerdos. ¿De qué murió su marido?

—Se... se ahogó —susurró Grace—, Fue en uno de esos cortos cruceros que hacemos con el yate de Adolph. Desde entonces, no crea que me hace mucha gracia acompañarles, pero ¿qué voy a hacer?: son mis mejores amigos, me tratan tanto en lo personal como en lo económico como si Walter todavía viviera... Estoy bien con ellos. Y hay que olvidar... Además, está... estaba Jasper, que... que...

—Lo mío no es el tacto, desde luego —gruñó Scrane—, Lo siento de veras.

—No se preocupe: ya le digo que hay que olvidar.

—Sí...

—Bien... Afrontemos las cosas, entonces.

—El teniente Dawson ha encontrado en el apartamento de Kenwell todo un juego de fotografías, ampliaciones y hasta la película.

—¿Las fotografías de las que Harriett me ha hablado?

—Claro.

—¿Y la cámara? ¿Supongo que también la ha encontrado?

—¿Qué cámara?

—La mía, la que le presté hace tiempo a Jasper. Inopinadamente, me dijo que sentía interés por la fotografía. Me sorprendí, ya que nunca le había interesado, pero pronto comprendí —Grace sonrió con cierta desgana—, pronto comprendí su jugada.

—¿Qué jugada?

—Oh, no me disgustó en absoluto, al contrario; me di cuenta de que lo que él tramaba era conseguir una mayor relación conmigo, y, desde luego, no pudo hacerlo mejor. El no sabía nada de fotografía, así que, claro está, me ofrecí a instruirle en la medida de mis posibilidades. La verdad, fue agradable. Hacía varios meses que Walter había muerto, y yo me sentía sola... Soy una mujer... bastante temperamental, señor Scrane.

—Eso no tiene nada de malo.

—Supongo que no. Además, al fin y al cabo, yo era viuda, ¿no? Y él, soltero... Bueno, no tardamos mucho en acostarnos juntos. Era un hombre... fuerte y satisfactorio, ¿comprende? Y educado. Quiero decir que no se trataba de ninguna aventurilla con un mozalbete que pronto se convierte en una molestia. Ya tuve una experiencia así, y salí muy

escarmentada. En resumen, Jasper resolvía toda mí... problemática sexual y hasta mental. Era muy agradable, de veras. Y claro, me enamoré de él.

— ¿Y él de usted?

—No estoy segura. Desde luego, era muy considerado conmigo en todos los aspectos. Jamás me dejó... insatisfecha en nada. No es extraño que me enamorase de él, ¿verdad?

—No. ¿Venía él por aquí? A esta casa, quiero decir.

—Alguna vez, claro.

— ¿Iba usted a su apartamento?

—Con más frecuencia que él aquí. Digamos... que yo estaba más necesitada de él que él de mí. A veces pienso que me gustaría ser menos apasionada, pero supongo que es una cuestión de naturaleza. Cada cual es como es, señor Scrane.

—Naturalmente. ¿Tenía él llave de esta casa?

—Ah, no. No era necesario: yo siempre le esperaba.

— ¿Y usted? ¿Tenía llave de su apartamento?

—Tampoco. ¿Para qué? Sólo íbamos a casa del otro cuando nos habíamos citado, y entonces nos esperábamos el uno al otro. Además, yo no me conformaba con una llave. Tenía... el proyecto de... cautivar lo suficiente a Jasper para que se casara conmigo. En cuyo caso, supongo que habríamos vendido su apartamento y esta casa.

—Es lógico. Ayer tarde estuvo usted en su apartamento, ¿no?

—Sí, fui a buscarlo, pero ya se había marchado —Grace parpadeó, reflexiva—. Me sorprendió eso, aunque... no demasiado, ya que últimamente estaba un poco... frío, diría yo. Bueno, después de lo que me ha dicho Harriett, lo he comprendido: se había encaprichado de Emily.

—Eso es lo que parece —asintió Scrane—. Si he entendido bien, usted enseñó a Kenwell a manejar una cámara, y le prestó una. ¿Le enseñó él, algunas fotografías que hubiese hecho personalmente?

—Ah, sí, varias veces. Las primeras estaban muy mal tomadas y peor reveladas, de modo que le dije que yo podía revelárselas aquí, en casa, si él quería, pero dijo que no, que quería esforzarse más sin mi ayuda, y que lo iría haciendo a su manera.

— ¿Dónde revelaba las fotos?

—No tengo ni idea.

— ¿Qué fotografiaba?

— ¿Jasper? Oh, pues casas, embarcaciones, paisajes, calles... Aprendía bastante de prisa, no crea.

— ¿Lo suficiente como para que, últimamente, estuviese preparado para tomar fotografías de interior a través de un agujero en una ventana?

—Con la cámara que le presté, señor Scrane, se puede fotografiar

a un negro en la oscuridad, por decirlo de una manera expresiva. Esa cámara es capaz de cualquier cosa: me costó casi nueve mil dólares.

—Caramba... —se sorprendió realmente Scrane—, ¡Eso sí debe ser una buena cámara fotográfica! Estaba pensando en otra cosa... Kenwell no tiene... tenía laboratorio para que le revelase la película y le hiciese copias y ampliaciones... ¿No?

—Desde luego, Ya sé adónde quiere ir a parar; usted cree que tuvo que acudir a algún profesional, y que éste tuvo que ver las fotografías que me ha mencionado Harriett. ¿Es eso?

—Pues sí, eso he pensado.

—Se equivoca. Hay lugares donde se revelan fotografías de todas clases, y los encargados de hacerlo lo tienen organizado de modo que sólo el cliente ve las fotografías. Es un negocio que funciona muy bien. Algunos hombres —Grace sonrió de nuevo— gustan de verse a sí mismos en el acto sexual con su esposa..., o con quien sea. Supongo que sabe usted que hay cámaras con disparador automático de tiempo, así que esos hombres, o mujeres, claro, preparan la cámara, se ponen a... a amarse, y obtienen fotografías, de ellos mismos, en plena pasión. Es una diversión como otra cualquiera.

—Entiendo. Bien, Grace, resumiendo lo conversado, parece que ya sabemos cuál era el interés auténtico de Kenwell por la fotografía: conseguir fotografías de Vallance y Emily.

—Y yo le ayudé —murmuró Grace.

—Vamos, no diga tonterías. ¿Cómo podía saber usted lo que se proponía Kenwell?

—Lo que sí sé —tembló de rabia la voz de Grace— es que me estuvo tomando el pelo..., y otras cosas. Estoy segura de que, mientras estaba conmigo, me gozó en grande. Oh, sí, él me... me hizo unas cosas que... que... ¡Maldito embustero!

Scrane aspiró profundamente, y tras mirar un instante el cuerpo prácticamente desnudo de Grace murmuró:

—No la molesto más, Grace. Gracias por su confianza.

Ella le miró de pronto con expresión expectante.

— ¿No quiere... que entremos en la casa, Scrane? —susurró. Scrane sintió como un pellizco en su maltrecho estómago. —Tengo todavía varias cosas que hacer —farfulló— ¡Adiós, Grace!

Cuando Scrane entró en su casa, se vio en el espejo, y una vez más torció el gesto. Inmediatamente, desvió la mirada hacia el centro de la sala: allá, sentado en un sillón, estaba el teniente Dawson, sosteniendo con la ayuda de un bolígrafo, pasado por la correa, el estuche de una cámara fotográfica, que oscilaba lentamente. La mirada del policía estaba fija un tanto fríamente en los ojos de Scrane.

—Espero —dijo Dawson— que no me denunciarás por haber entrado en tu casa por una ventana, Scrane.

Este se acercó, y miró la cámara fotográfica. Es decir, el estuche que la contenía, y en el cual, en un lado, se veían dos gruesas iniciales mayúsculas en oro: G. A. Justo en ese momento, Scrane oyó en la calle la frenada de un coche. Y, en el acto, comprendió.

— ¿Me ha seguido uno de tus hombres? —susurró.

—Dos. Me sorprendió mucho que no quisieras venir a Cutler Ridge, a ver el «bungalow». Por cierto, respecto a esa parte, todo encaja con lo que me explicaste: hay un agujero en el marco de una ventana, que está tapado con un pedazo circular de madera; un agujero por el que cabe muy bien el objetivo de esta cámara fotográfica. ¡Ah,...!, y la lancha de la señorita Lovinson estaba allí, desde luego. Vallance estuvo en el «bungalow», recogió algunas cosas, y se fue, según parece.

—Lo encontraréis, de todos modos.

Desde luego. Pero será laborioso, en las nuevas condiciones: debe tener ropa y dinero, de modo que no debemos sorprendernos por el hecho de que, de momento, no haya llamado a su esposa. Bueno, Scrane, ¿te dicen algo estas iniciales, G y A?

—Grace Ashenden; o Ambler, tanto da. Vengo de hablar con ella.

—No has sido leal conmigo, Scrane.

—Estabas muy ocupado, y pensé que podía ayudarte a mi manera. ¿Se te ocurrió pensar que Kenwell no tenía en su apartamento una serie de cosas de un auténtico aficionado a la fotografía?

—Sí. Y cuando vi la cámara en seguida pensé en Grace Ashenden.

—Tú tampoco fuiste leal conmigo al no enseñarme esa cámara —gruñó Scrane.

—Bueno, en ese caso estamos en paz —sonrió Dawson—. ¿Qué explicación te ha dado la señora Ashenden?

Media hora más tarde, el teniente Dawson abandonaba la casa de Scrane, debidamente informado y con un whisky en su sólido estómago. Todo solucionado: tenían la víctima, el criminal y los móviles, y todo estaba ya perfectamente explicado y encajado. ¿Qué más podían pedir?

Lo único que faltaba era capturar al criminal. Y eso, todos estaban seguros de ello, lo conseguirían más pronto o más tarde. Para Scrane, el asunto estaba terminado.

— ¿Harriett? Soy yo... Me gustaría invitarte a una pequeña excursión mañana temprano.

—¿...?

—Ya lo verás. Es una pequeña sorpresa.

—¿...?

—No, no lo sabía. Bueno, si el entierro de Kenwell no será hasta el martes, tenemos tiempo de sobras: estaremos de vuelta mañana mismo por la tarde. No, no insistas: quiero que sea una sorpresa.

—¿...?

— ¿Agradable? No lo sé. En realidad, todo depende de cómo se lo tome cada uno. Pasaré a buscarte a las nueve. ¿De acuerdo?

—Pues hasta mañana.

## CAPÍTULO XII

Era un hermoso día. Las verjas estaban abiertas de par en par, como ofreciendo el amplio jardín con bosquecillo de pinos desde donde llegaban risas de niños. Más al fondo, un viejo caserón pintado de blanco, con tejado rojo.

Scrane metió el coche por el sendero, rodando lentamente en dirección al caserón. Harriett miraba a todos lados, curiosa, sonriente.

—Vengo aquí todos los fines de semana que puedo —dijo de pronto Scrane—, Y te aseguro que no es por masoquismo, ni por morbo, ni nada de eso. Simplemente, ayudo en lo que puedo, juego un rato con los niños y niñas, les traigo algunos regalos... Es un modo como otro cualquiera de pasar los fines de semana.

— ¿Vienes a jugar con niños? —rió Harriett.

—No son niños corrientes.

Harriett se estremeció poco después cuando comprendió que había querido decir Scrane. Apenas el coche se hubo detenido frente al caserón, comenzaron a aparecer niños gritando y riendo. Entre la algarabía de voces infantiles, Harriett acertó a distinguir las que sonaban con más frecuencia y claridad: «Tío Scrane.»

A partir del momento en que Scrane salió del coche y se vio rodeado de niños subnormales que le llamaban «tío Scrane», Harriett Lovinson tuvo la sensación de que estaba viviendo un sueño, una pesadilla. Dos mujeres salieron del caserón, y acudieron a toda prisa hacia ellos, para saludar muy efusivamente a Scrane, que se disculpó por no haber podido traer regalos para los niños esta vez, asegurando que la próxima visita llegaría cargado a tope el coche. Para Harriett Lovinson, la institución educadora de niños subnormales fue un auténtico *shock*. Las dos mujeres que habían salido a recibir a Scrane se ofrecieron a mostrarle las instalaciones, en la imposibilidad de que pudiera hacerlo el propio Scrane, que era empujado por los niños hacia la zona de juegos.

Más tarde, desde una de las ventanas, Harriett estuvo viendo a Scrane jugando con los niños, corriendo con ellos, deteniéndose ante aquellos que habían optado por pintar en lugar de correr, haciendo comentarios. Como alucinada, Harriett estuvo viendo a Scrane jugar al *baseball*, al *rugby*, al corre-que-te-pillo, saltando a la comba... Era como un espectáculo fascinante, estremecedor e increíble. De cuando en cuando, Harriett vibraba al ver un par de ojos negros en unos

párpados mongólicos fijos en ella a través del cristal, o en un pasillo...

La comida fue alucinante. La mayoría de los niños se comportaban adecuadamente, pero algunos se tiraban comida, volcaban recipientes, se peleaban con sus compañeros, lloraban...

Cuando, finalmente, hacia las cinco de la tarde, Scrane y Harriett abandonaron la institución, la muchacha emitió un profundo suspiro, pareció que fuese a decir algo, y, de pronto, rompió a llorar. Scrane sacó el coche de la carretera, metiéndolo entre unas palmeras, encendió un cigarrillo, y esperó pacientemente a que Harriett dejase de llorar.

Sólo entonces dijo:

—Si yo hubiese nacido subnormal, me habría suicidado. Pero no por ser yo subnormal, sino por la subnormalidad de quienes están clasificados como «normales», de los que piensan que un niño de éstos es como un vegetal, y lo tratan como tal. Algunos, es cierto, no están capacitados ni siquiera para saber que están viviendo; pero la mayoría obtienen de su vida, proporcionalmente, el mismo goce que nosotros..., si les dejamos, claro.

— ¡Oh, Nat, es horrible!

—Harriett: ¿quieres casarte conmigo?

La muchacha se quedó mirándolo estupefacta, todavía con algunas lágrimas en los ojos.

—Nat —murmuró—, ¡qué momento para pedírmelo!

—No creas que es un momento inadecuado —negó él—. Precisamente es el momento más oportuno, porque si te casas conmigo no perderás nunca de vista a esos niños, prácticamente todos los fines de semana. Y es mi intención adoptar uno o dos de ellos, según mis posibilidades económicas. Las mías, no las tuyas. Bien entendido que nunca me opondría a que por tu cuenta trajeras regalos aquí, Harriett. Bien, ¿qué dices?

—Pero debes... debes estar... bromeando...

— ¿Bromeando? —se nubló el gesto de Scrane.

—Pe pero Nat... ¿por qué tendríamos que... que adoptar uno de esos niños... si podríamos tener los nuestros...? Puedo hacerles muchos regalos, venir con frecuencia... Quizás haría eso, pero no... no quiero... tener uno de esos niños en casa... ¿Por qué habría de hacerlo? ¿Acaso no tienen padres?

—Algunos, sí. La mayoría suelen venir los sábados un rato. Algunos se quedan toda la mañana. Hay de todo. En cuanto a los que no tienen padres...

— ¡No! —gritó Harriett—. ¡He dicho que no! ¡NO!

Scrane metió el cigarrillo en el abarrotado cenicero del coche y se quedó mirándolo. También tenía que vaciar el cenicero... En realidad, siempre tenía muchas pequeñas cosas que hacer, cosas que no tenían

la menor importancia.

Harriett le puso una mano sobre una de él.

—Nat...

—Te llevaré a casa —murmuró Scrane.

\* \* \*

En la casa de Scrane todo seguía igual: soledad y silencio. No había ningún mensaje en el contestador automático. No había whisky. Casi no había comida. Lo que sí había era polvo; aquel maldito polvo que aparecía siempre durante sus ausencias, y que era lo único que le estaba esperando a su regreso. No era como para morir de asco, desde luego, pero allá estaba. Se iba, y al volver veía aquella delgada película opaca sobre las cosas. ¿Cómo podía haber tanto polvo en una casa que, a fin de cuentas, estaba cerrada?

En el mueble-bar encontró una botella de ginebra con un par de pulgadas de líquido. Ah, era un pequeño tesoro, que se dedicó a saborear lentamente fumando cigarrillo tras cigarrillo, sin dejar de pensar en un montón de tonterías.

—No debería haber tipos como yo —dijo en voz alta—: somos unos desdichados. Todos deberíamos ser iguales, Pero el dolor físico, de un modo u otro, tiene una cierta lógica, y a veces hasta resulta soportable. En cambio, hay dolores que...

Era curioso. Curioso en verdad. ¿Qué era lo que le dolía a un hombre cuando el dolor no era estrictamente físico? Por ejemplo, él comprendía aquel dolor salvaje que tenía en aquel momento en el estómago: era una úlcera como un portaaviones. Se metía uno en un quirófano, lo abrían como a un pavo en Navidad, le cortaban por aquí y por allí, le cosían, y ¡hale!, a por otra úlcera. Esto tenía sentido. Pero... ¿qué era lo que le dolía cuando no le dolía la úlcera? ¿Qué era lo que le producía dolor, tristeza, asco y aburrimiento? La conclusión a que llegó le sorprendió un poco: le dolían los sentimientos.

Estuvo dale que dale con estas ideas hasta que, de pronto, atónito, se dio cuenta de que era la una de la madrugada. Esto también era chocante: ¿adónde se había ido aquel tiempo de su vida, aquellas horas transcurridas desde su regreso de casa de Harriett, de la cual se había separado sin pronunciar una sola palabra? Ella se había apeado, se habla quedado junto al coche, como esperando que él también se apease y entrase en la magnífica quinta... ¿Y qué había hecho él? Pues había metido el pie en el acelerador y había salido de la quinta a toda máquina.

¿Y si Harriett tuviese razón? A fin de cuentas, ella no tenía la culpa de que hubiesen niños subnormales. ¿Por qué demonios tenía que hacerse cargo de uno o dos, cuando los propios padres los sacaban

de su casa? A ver. Scrane: ¿por qué? Sin duda, Harriett podría tener un montón de niños sanos, hermosos, normales... ¿Por qué demonios tenía que hacerse cargo de un subnormal?

Scrane se limpió los dientes, se tomó dos pastillas para el estómago, y se metió en la cama, sin dejar de pensar. No supo que sólo se durmió cuando eran ya las cuatro y media de la madrugada. Al despertar, vio resplandor de sol. Miró su reloj, y quedó pasmado: ¡las diez y media de la mañana! ¿Adónde demonios se iba el tiempo de su cochina vida?

Giró hacia el cenicero para apagar el cigarrillo, y lo vio lleno de colillas.

—Bueno, se acabó... —gruñó—. ¡Maldita sea mi estampa, se acabó el juego! Estoy harto de todo esto. Estoy harto de mí mismo. ¿Por qué tiene ella que hacerse cargo de un niño subnormal?

Saltó de la cama, y fue al despacho. Marcó el número de Harriett.

—¿...?

— ¿Es usted, Mary? Soy Scrane. Buenos días... Y perdón. Me parece que fui un poco estúpido con usted. Lo siento.

—Gracias, Mary. Bien, me gustaría hablar con Harriett...

— ¡Ah! Bien, ¿dónde está?

Scrane se irguió vivamente.

— ¡Dios...! ¿A qué hospital lo han llevado?

—Una clínica. ¿Puede darme la dirección?

—Gracias... ¡Adiós, Mary! No, espere un momento, espere... ¿Qué ha pasado?

—Bien, ya lo averiguaré yo. ¡Adiós!

Colgó, y se quedó mirando el teléfono, como si fuese algo más que un simple trasto fruto de la técnica humana. ¡La técnica humana...! Bueno: a ver qué podía hacer la técnica humana por la vida de Adolph Manning.

\* \* \*

En el vestíbulo de la planta de la clínica encontró a Dave Gibbons, fumando y paseando de un lado a otro.

— ¡Scrane! —se acercó rápidamente Dave—, ¿Se ha enterado?

—Sí. Llamé a Harriett a su casa, y Mary me dijo que había venido aquí. ¿Cómo está el señor Manning?

—No lo sé. Aunque me temo que no muy bien. Desde luego, ha parado el primer golpe, y quizás ahora esté en su habitación ya, pero... Bueno, fue terrible, se lo juro.

— ¿Qué pasó?

Dave Gibbons se quedó mirándolo fijamente, con gesto dubitativo, especulativo. Por fin, con gesto de súbita decisión, metió

una mano en un bolsillo de su chaqueta, y sacó unos papeles doblados, que tendió a Scrane. Este se dio cuenta en el acto de que no eran unos papeles corrientes: eran papeles satinados, de fotografías. Cuando los desplegó, Scrane estaba seguro de que ya sabía lo que iba a ver.

Y no se equivocó. Eran fotografías ampliadas de Emily Manning y Leander Vallance. Copias de las fotografías que él ya conocía. Miró a Dave, que le contemplaba expectante.

— ¿Dónde estaban? —murmuró.

—En el despacho de Jasper... Adolph las encontró.

— ¿Cómo fue eso?

—No sé. Yo oí como... como un ronquido en el despacho de Jasper, y entré en seguida. Vi a Adolph caído en el suelo, con... con una expresión que me aterrorizó. Parecía que quisiera arrancarse el corazón con las manos... Comprendí que algo le pasaba en el corazón, así que agarré el teléfono para pedir una ambulancia urgente. Mientras estaba hablando por teléfono, vi las fotografías sobre la mesa. Bueno, había otras cosas de Jasper, claro... No sé lo que sentí al verlas, Scrane. Supongo... supongo que se ha dado usted cuenta de... de quiénes son los... los de las fotografías.

—Sí. ¿Por qué se las guardó usted, Dave?

—No sé... Al ver a mi hermana así... y Manning como muriéndose... El había entrado al despacho de Jasper para echar un vistazo a su escritorio, ver cómo tenía sus asuntos a fin de que alguno de nosotros se hiciese cargo de ellos... Bueno, ya sabe. Supongo que encontró las fotografías en algún cajón de la mesa, y al verlas... ¡Esa mala puta de Emily...!

—Tranquílcese. ¿Qué piensa hacer con las fotografías?

—No lo sé. He estado pensando... ¡Oh!, tonterías, locuras mías, claro. Pero no sé, quizá... quizá lo que pasó el viernes por la no che... ¿Se da cuenta, Scrane? ¿No se le ocurre nada?

— ¿Qué, por ejemplo?

— ¡Cielos...! Jasper tenía estas fotografías, y Leander lo mató... ¿No lo comprende?

—Me parece que sí.

—No sé qué hacer... ¡Quizá debería llamar al teniente Dawson, para entregárselas! Estaba... estaba aquí pensando en ello, pero no me decidía.

— ¿Emily está con Manning?

—Sí, sí, supongo que está con él... Scrane: ¿qué hago? ¡Es mi hermana! Y además, si la policía mete mano a estas fotos...

—La policía ya tiene copias de estas fotos. Dave.

— ¿Qué?

Scrane dobló las fotografías, las metió de nuevo en el bolsillo de Dave Gibbons, y tomó a éste de un brazo.

—Vamos a ver cómo está su cuñado.

—Pero... ¿qué ha dicho usted de las fotografías?

—Que la policía ya las tiene —gruñó Scrane—, Emily se lo explicará luego. Ahora, cálmese y lléveme a ver a Manning, si es posible verlo, claro.

Fue posible verlo, pero nada más.

Lo primero que vio en la habitación fue la cama, cubierta por la tienda de oxígeno. Vislumbró figuras de personas, pero estaba todavía como... desorientado. No sabía por qué. Se acercó, y se quedó junto a la cama, mirando a Adolph Manning, que estaba pálido como un muerto. Scrane se imaginó la cox que el pobre hombre debía haber sentido al ver de pronto las fotografías. Sin más, sin aviso: de pronto, ante sus ojos, su esposa en pleno acto sexual con un hombre al que, sin duda, Manning había estado considerando uno de sus mejores amigos, y al que, pese a haber matado a Jasper Kenwell, quizás había estado pensando en el modo de ayudarlo, de comunicarse con él... Claro que esto no podía ser, tenía que ser Leander Vallance quien se comunicase con sus amigos, con su esposa... Podía hacerlo de muchas maneras aptas para burlar a la poli cía. Por ejemplo, podía recurrir a alguien para que se comunicase con Blanche y le pidiese más dinero, el pasaporte, ropas... Habla muchas maneras de engañar a la policía, aunque fuese temporalmente...

—Será mejor que salgan todos —oyó una voz masculina—. La señorita Hastings se quedará con él.

Scrane se volvió, tras ver vagamente al otro lado de la cama, a través del plástico, la figura de una enfermera. Por un instante, vio al médico, impoluta su blanca bata.

Luego, las vio a las cuatro: Blanche, Grace, Emily... y Harriett, claro. Estaban juntas, de pie ante él, mirándole. Dave se había que dado ante la puerta de la habitación. Scrane lo miró, y miró luego a las cuatro mujeres, tan sanas, tan hermosas, tan elegantes, todas en silencio, asustadas, codo a codo. Bueno, los amigos eran para las ocasiones, ¿no? Y Emily no podía quejarse de sus amigos..., es decir, de sus amigas. Ya no tenía amigos.

El cortocircuito.

Scrane sintió aquella especie de chasquidos en su mente; como un chisporroteo eléctrico de mal contacto tras el cual se funden los fusibles... El cortocircuito.

De pronto, miró al médico.

— ¿Cómo está? —susurró.

—Mal. Pero tenemos esperanzas de que se recuperara..., por esta vez.

Scrane asintió, y se dirigió hacia la puerta. Harriett reaccionó de pronto, acercándose a él. Le puso una mano en el brazo.

—Nat... Nat, quiero... quisiera hablar contigo.

De nuevo asintió Scrane. Salió de la habitación, con Harriett tomada de su brazo. Tras ellos salieron todos los demás, excepto la enfermera. Scrane miró a Harriett, que le sonrió tímidamente.

— ¿Me invitas a café... sin leche, Nat?

—Está bien.

Bajaron a la cafetería de la clínica, los dos solos, y ocuparon una mesita apartada.

—Nat —Harriett le puso una mano sobre una de él—, anoche estuve pensando en todo aquello..., lo de los niños subnormales. Mira, yo creo que estás equivocado, pero... pero si realmente lo deseas...

—No —musitó Scrane, moviendo la cabeza—. Tú tenías razón, Harriett: no sería justo obligarte a una cosa así.

—Bueno, es lo... lo que yo pienso, pero...

—Olvidémoslo. Es todo un poco de obsesión por mi parte, y aunque quizá no puedas comprenderlo...

—Oh, sí, sí puedo, Nat... El teniente Dawson me... me lo explicó todo.

—Ah —Scrane la miró atentamente, y de pronto esbozó una sonrisita—, Ese chismoso. Aunque supongo que su intención fue buena. Pero dejemos eso ahora, Harriett. ¿Sabéis que Dave ha encontrado copias de las fotografías en el escritorio de Kenwell?

— ¡No! —gimió Harriett.

—Sí. Mejor dicho, las encontró Manning.

—Dios mío... ¡Oh, Dios mío! Creo... creo que comprendo lo que ha ocurrido... ¡Dios bendito! ¡Pobre Adolph!

Les sirvieron los cafés. Scrane se bebió el suyo de dos tragos, y frunció el ceño. Harriett le contemplaba fijamente.

— ¿Qué vamos a hacer, Nat? —preguntó.

—Según yo entiendo, el único de vosotros que ignora la existencia de esas fotografías es Blanche. Me pregunto si vale la pena ocultárselas, a estas alturas. ¿Por qué no ha de saber ella lo que hacía su marido con una de sus mejores amigas?

—Eso me parece... cruel... e innecesario.

—Quizá. Pero, Harriett, Dawson tendrá que utilizar esas fotografías tarde o temprano, ya lo verás. Por buenas que sean sus intenciones, tendrá que hacerlo. En cuanto a Dave, es una tontería que pretenda ocultarlas. En mi opinión, lo mejor es que me las entregue, yo se las llevaré a Dawson, y le explicaré lo ocurrido.

— ¿Por qué hemos de...?

—Dawson se enterará más pronto o más tarde. Es una idiotez querer ocultarle algo a la policía, Harriett. Dejadme que yo vaya a hablar con Dawson, y arreglaré las cosas del mejor modo posible.

— ¿Cómo te has enterado tú?

—Te llamé a tu casa para... Bueno, fui un cretino ayer, eso es todo.

Harriett sonrió dulcemente.

—Creo que será mejor que los dos olvidemos el día de ayer, Nat. Y creo también que tienes razón en todo. Le diremos a Dave que te entregue esas fotografías, para que se las lleves al teniente Dawson. Yo iré contigo, y así...

—No, no. Quédate con Emily, Quedaos todos con ella, estad atentos por si... ocurriese algo con Manning. Yo lo arreglaré todo con Dawson. Si se nos hace tarde, te llamaré, para concretar sobre el entierro de Kenwell mañana. ¿De acuerdo?

—Claro que sí. Me gustaría acompañarte, pero tienes razón: yo no serla de ninguna utilidad a dos hombres como tú y el teniente...

\* \* \*

Dawson se quedó estupefacto un instante antes de exclamar, poniéndose en pie:

— ¡Atiza! ¡A quién tenemos de nuevo por aquí!

— ¡Hola! —gruñó Scrane—. ¿Puedes atenderme?

Dawson parpadeó, y luego, sonriendo, hizo un gesto de generosa oferta con los brazos.

—Soy todo tuyo. Siéntate y pídemelo lo que quieras.

Hizo una seña al agente de uniforme que había acompañado a Scrane hasta el despacho, un rectángulo de espacio dentro del Pólice Departament. Realmente, Dawson tenía motivos para sorprenderse, pues hacía mucho tiempo que Scrane no aparecía por allí... Le ofreció un cigarrillo, se sentó después de hacerlo Scrane, y se quedó mirándolo a través del humo.

—Bueno... ¿de qué va el asunto?

Scrane sacó las fotografías ampliadas que llevaba en un bolsillo, y las tiró encima de la mesa. Dawson las tomó, las desdobló, las miró y alzó vivamente la mirada.

— ¿De dónde has sacado estas copias?

—Estaban en el escritorio de Jasper Kenwell en la «World Confections».

—Vaya... Está claro que Kenwell se había encaprichado mucho de la señora Manning. Cosas así suelen suceder a hombres que resultan incorruptibles en otras cuestiones. Pero dime: ¿qué fuiste a buscar tú al despacho de Kenwell en la «World Confections»?

—No las encontré yo, sino Adolph Manning.

— ¡Demonios! —respingó Dawson.

—Manning está ahora en una clínica privada, víctima de un infarto bestial; o un colapso, lo que sea, no entiendo bien de esas

cosas. Digamos que él también ha tenido un cortocircuito.

—Lo siento por ese pobre hombre, pero, en fin, esto simplifica mucho mi trabajo, y lo deja todo bien claro para... ¿Un cortocircuito? ¿De qué estás hablando?

Scrane expelió una larga y densa bocanada de humo, y dijo:

—Sé dónde está Leander Vallance,

## CAPÍTULO XIII

—Estamos aquí reunidos para despedir, Señor, a uno de tus hijos, que nos ha dejado en circunstancias...

Scrane dejó de oír la voz del reverendo Fitzgerald, y alzó los párpados para mirar a los asistentes al sepelio, que permanecían silenciosos alrededor de la tumba. La «World Confections» no funcionaba aquel día. Desde Dave Gibbons, ahora el más alto cargo de la empresa, hasta el último empleado, incluidas algunas lindas muchachas que trabajaban de modelos, prácticamente todos estaban allí. Faltaban, claro está, Adolph Manning y Leander Vallance.

Silenciosamente, apareció el primer coche policial, que se detuvo en el límite del cementerio. Casi en seguida llegaron dos coches más, igualmente silenciosos, y a su vez se detuvieron en otros puntos del límite del cementerio. Scrane sintió un gusto amargo en la boca. Y no era nada relacionado con la úlcera, no. Vio a Dawson apearse lentamente del primer coche en llegar, dar unos pasos, y quedarse cerca de las primeras tumbas, con las manos en los bolsillos; el sol se reflejaba en las canas de Dawson. ¡Pobre Carey, se iba haciendo viejo...! Y su trabajo, lleno de sobresaltos y disgustos, aparte de peligros, no era precisamente como para rejuvenecer a nadie, no. Bueno, él también tenía algunas canas a pesar de ser algunos años más joven que Dawson, y allí estaba, aguantando a pie firme. Era un decir..., porque no sentía muy firmes las piernas. En el fondo, habría preferido equivocarse... Pero no se había equivocado. Mala suerte.

Los asistentes al entierro miraban intrigados a los silenciosos policías que iban saliendo de los coches, distribuyéndose como distraídamente alrededor del cementerio. Incluso el reverendo Fitzgerald se trabó un poco al distraerse mirándolos, con inocultable sorpresa e interés.

A su lado, Harriett le tomó una mano y dio un suave tirón. Scrane la miró, y vio el gesto tenso e interrogante de la muchacha. Se llevó un dedo a los labios, y volvió a mirar la tumba; allá al fondo quedaba el regio ataúd que contenía los restos mortales de Jasper Kenwell. Restos mortales... Quedaba bien. Mejor que cadáver, desde luego. A Scrane, la palabra cadáver siempre le había parecido casi obscena, y desde luego triste y fría. Chocante.

—...y así como el Señor nos la da, así nos la quita. Descanse en paz nuestro hermano Jas...

Pero... ¿qué decía aquel hombre? ¿Que el Señor había quitado la vida a Jasper Kenwell? ¡Menuda majadería! El Señor se la había dado, bueno. Pero no había sido Él quien se la había quitado...

—...para siempre. Amén.

Hubo como un movimiento colectivo, se oyeron suspiros, respiraciones. Era como si el sol hubiese permanecido inmóvil y ahora hubiese recuperado el movimiento. Los presentes comenzaron a despedirse de los componentes del duelo, los grandes de la firma «World Confections». Scrane notó de nuevo el tirón en su mano, y miró a Harriett.

—Nat... ¿qué pasa? ¿Qué hace el teniente aquí, así...?

Scrane tomó del brazo a Harriett, y la apartó de la cercanía de la tumba de Jasper Kenwell, hasta que estuvo seguro de que nadie podría oírle.

—Yo sé bien —dijo entonces, paseando tranquilamente por entre tumbas floridas— que fuesen como fuesen las cosas en los pequeños detalles, todo habría ido a desembocar en lo mismo, Harriett. Es decir, a las conclusiones que obtuve primero yo y luego Dawson...

— ¿De qué estás hablando?

—Ten un poco de paciencia, por favor. Como decía, aunque fuese con variaciones en pequeños detalles, las conclusiones de este pobre investigador, y de la policía, habrían llegado al mismo resultado en todo este asunto. O sea, que Emily y Vallance se entendían, que Kenwell los fotografió y que luego quiso acostarse con Emily; que ésta avisó a Vallance y éste mató a Kenwell... Todo estaba preparado para que así pareciese y así fuese aceptado. Todo estaba pensado y ensayado tan a la perfección que no podía fallar nada. Insisto en que la investigación podía seguir detalles diferentes, salteados, etcétera, pero siempre, siempre, siempre, habríamos llegado a las conclusiones que te he dicho. Y, efectivamente, así ha sido. Pero casi todo es mentira.

—Nat, no... no entiendo lo que...

—Te lo explicaré. Pero por favor, no me hagas hablar mucho, pues te aseguro que no tengo ganas. Incluso, sólo de hablar de esto, ya siento náuseas peores que las que me provoca mi úlcera... ¿Sabías que tengo una úlcera en el estómago?

—No... No.

—Pues sí, la tengo. Y en estos momentos me está dando unas dentelladas horribles. Pero no te preocupes: aguantaré. Bien, como te iba diciendo, todas esas conclusiones tan perfectas, obtenidas de indicios perfectos y pesquisas perfectas, son falsas en su mayor par te. Yo te diré cómo sucedió realmente todo. Lo primero que habla que conseguir era que Emily consiguiese llevarse a la cama a Vallance. Bueno, eso no debió ser demasiado difícil, supongo... Emily es muy

bonita, es un bocado fino. Así que Vallance cayó en el garito, y comenzó a gozar de los apasionados favores de Emily. Primero en sitios extraños, luego en moteles, y finalmente, Emily lo convenció para que alquilase un lugar discretísimo: el «bungalow» de la playa de Cutler Ridge, lugar donde, por discretos que fuesen, alguien tuvo que verlos alguna vez..., lo que interesaba a Emily, claro está. Luego, había que conseguir lo mismo con Jasper Kenwell, y de éste se encargó Grace, cuyos encantos, si bien quizás en exceso abundantes, son muy convincentes. Así pues. Grace metió en el garlito a Kenwell. Todo preparado. Y ya todo preparado, Grace fue al «bungalow» una noche (para no ser vista, se entiende), y procedió a practicar el agujero en el marco de la ventana. Al día siguiente, o dos o tres días después, Vallance y Emily fueron al «bungalow», y precisamente ese día, Emily, que sabía que Grace estaba allí para obtener las fotografías...

—Nat, debes... debes haberte vuelto loco. ¡Quién tomó las fotografías...!

—No me interrumpas. No, no fue Kenwell. Fue Grace. Ese día, Emily hizo auténticas diabluras con Vallance en la cama... Bueno, ya has visto las fotografías, ¿no? Y así, Grace obtuvo una impresionante colección de fotos que casi podrían clasificarse como pornográficas. Las dichas fotografías tenían dos cometidos. Uno: aportar unos motivos por los que Vallance había matado a Kenwell. Dos: provocar en Adolph Manning un infarto que, o bien lo mataría de una jodida vez, o bien lo dejaría como lo ha dejado, eso es, convertido en un guiñapo bueno para nada y que no durará mucho. Observa: con esas fotografías se conseguía la eliminación de tres hombres: Kenwell, Manning y Vallance. Pero vayamos por partes. ¿Tú crees que a Kenwell lo mató Vallance?

—Pe pero eso es lo que... ¡Claro que lo mató!

—No. No fue Vallance quien mató a Kenwell. Fueron Grace, Blanche y Dave.

—¡Dios mío! ¡Nat, no sabes lo que dices!

—Fíjate bien... Manning y Emily estaban en su dormitorio, y tú y yo en el mío. Blanche se pone los calzoncillos de su marido, y la camiseta, riendo, jugando, seguramente después de haber hecho el amor con él, ganando tiempo, aunque no mucho. Vallance ríe la broma de su encantadora esposa. Oh, no, no está en absoluto preocupado, ya que Emily no le ha dicho nada de las fotografías, naturalmente. Bien, tenemos que Blanche bromea vestida con la ropa interior de su marido. De pronto, le dice que va a tu cuarto, por ejemplo, a gastarte la broma de decirte que ésa es la ropa interior que ella ha comprado en la Quinta Avenida de Nueva York... Cualquier broma es buena. Vallance ríe, y deja salir a su esposa, naturalmente. Afuera, Blanche se reúne con Dave y con Grace, van los tres al

dormitorio de Kenwell donde éste, leyendo, está esperando a Grace. Al ver a los tres se sorprende, pero no teme nada. Error. Cuando viene a darse cuenta, Grace y Dave y Blanche comienzan a golpearle; Blanche usa el cenicero del dormitorio de Kenwell, y Dave y Grace los de sus respectivas habitaciones... Ya sabes, esos ceniceros básicamente iguales que tú compraste hace unas semanas. Y puesto que todos los golpes son propinados por armas idénticas, parecerá que sólo ha recibido golpes de un cenicero, que ha sido atacado por una sola persona. Pero no ha sido así... Kenwell yace en el suelo, muerto por tres personas. Dave y Grace vuelven a sus dormitorios, se quitan la ropa manchada de sangre y la esconden en sus maletas; se ponen otras ropas de dormir, se lavan y se disponen a esperar; a esperar el tiempo calculado para la siguiente actuación de Grace «descubriendo» el cadáver de Kenwell. Mientras tanto, Blanche ha vuelto con su marido, que, al verla manchada de sangre y con el cenicero en la mano, se lleva el susto de su vida. Blanche le cuenta cualquier mentira... Por ejemplo: en el pasillo se ha encontrado a Kenwell que, engañándola, la ha llevado a su habitación y ha querido forzarla, obtener de ella aunque sólo sea una migaja sexual... Algo así. Y entonces, ella, con el cenicero, ha golpeado a Kenwell, y... y lo ha matado. ¡Pobre Vallance, menudo susto y disgusto! Quizás él intentó salir entonces, decir a todos lo ocurrido, pero Blanche no le dejó, naturalmente. Lo que hicieron fue comenzar a preparar el escenario en su habitación y cuarto de baño: la ropa interior de él manchada de sangre, el cenicero recién lavado... En esto están cuando Grace, ya cumplido el tiempo previsto, sale de su dormitorio, bellamente preparada para una noche de amor... y «encuentra» el cadáver de Kenwell. Comienza a gritar, y ya sabemos todo lo que siguió. ¿Me sigues o estás desorientada?

—Te... te sigo, pe-pero...

—Ya verás como todo va encajando. ¿Te encuentras mal?

—No, no...

—Como estás tan pálida... Pero vamos a terminar de una vez. Bueno, bajamos al salón y todo eso. Yo, prestigioso investigador hace tiempo, no tenía más remedio que ver las colillas en el suelo, encontrar a faltar el cenicero... O yo, o la policía, lo habríamos descubierto, pero se confiaba en que una cosa tan sencilla fuese descubierta en seguida por mí. Y así fue, digamos que con toda lógica. Bajo al salón, hablo del cenicero, y tú dices que... En fin, tú y yo subimos a buscar el cenicero que falta. Y lo encontramos. Mientras tanto, en el salón, Emily ha simulado encontrarse mal, y se hace acompañar por Manning al cuarto de baño de la planta baja..., mientras Jervis y Katty están en la cocina preparando café. Es el momento justo y oportuno para matar a Leander Vallance...

— ¡Nat! ¡Estás loco! Oh, Dios mío, te has vuelto loco...! ¡Leander

escapó!

—No. Fue asesinado por Dave, Blanche y Grace, de nuevo en acción. ¿Cómo? Quizá Dave le golpeó con algo en la cabeza, y luego lo mataron con algún cuchillo, punzón o algo así. Y lo escondieron. Pe...

— ¡Nat...!

—Pero Dave y Blanche y Grace siguieron con la comedia. Dave subió gritando que Vallance había escapado, y toda aquella sarta de mentiras. Pero eran mentiras que iban tejiendo el magnífico plan de los asesinatos a largo plazo. En realidad, Vallance estaba allí, muerto, fríamente asesinado. En cuanto a tu lancha, ya estaba en la playa del «bungalow» ANTES de la llegada de todos a tu casa. Así, parecería que Vallance había escapado. Hablemos ahora de las fotografías... Grace las tomó, las reveló, hizo ampliaciones... El viernes por la mañana estuvo en el despacho de Kenwell, y se las enseñó, convenciendo a Kenwell para que guardase algunas de las copias ampliadas en su escritorio. Por la tarde, antes de ir a tu casa, estuvo esperando que Kenwell abandonara su apartamento, y entonces, subió ella, que sí tenía una llave. Dejó la película en negativo y más copias en el apartamento, y bajó diciendo que Kenwell no estaba, etcétera. Por la noche, cuando volvió para «descubrir» el cadáver, antes dejó cuatro copias pequeñas dentro del libro que Kenwell había estado leyendo..., o que la propia Grace puso allí para que así lo pareciese. Era inevitable que las fotografías fuesen encontradas, y entonces todo tendría sentido y quedaría explicado. Sobre todo cuando en las fotografías apareciesen las huellas digitales de Jasper Kenwell y no las de Grace, pues ésta habla utilizado guantes y en cambio Kenwell tocó y retocó con sus dedos todo lo que Grace quiso que tocara... Oh, por cierto, ¡la Cámara fotográfica! Bueno, lo mismo. Grace se la enseñó a Kenwell, le dijo que las había tomado con aquella cámara, etcétera. Y, claro, dejó también la cámara en el apartamento de Kenwell. ¿Por qué siguió Kenwell el juego? Pues, porque en el fondo era un buenazo, y Grace una zorra de cuidado que lo manejó a su antojo; seguramente le dijo que sería mejor que hablasen sólo con Emily, que le reprochasen lo que estaba haciendo... Y así fue. El pobre Kenwell habló con Emily, que hizo muy bien su papel..., para que yo la viera, y más adelante, al recordar su gesto de enfado, me creyera que Kenwell era el que había tomado las fotos, el que le había hecho proposiciones sexuales y todo aquenio. Bueno, entre las fotografías, lo que yo había visto, y lo que decía cada cual en su papel, yo sólo podía llegar a una conclusión, y así fue. Y en eso se había confiado, precisamente: en que yo se lo diese todo masticado a la policía, y que ésta no hurgase demasiado en la casa, en el jardín, en el garaje..., pues hubiesen quizás encontrado el cadáver de Vallance, al que creíamos fugitivo. Luego, todo siguió su curso, cada cual fue representando magistralmente su cometido, su

papel... Y así, llegamos al momento en que Manning «descubre» las fotografías en el despacho de Kenwell, y sufre un infarto brutal que podría haberlo matado..., lo cual era lo que se había previsto. Pero Manning aguanta... ¡Bueno, vivirá poco, y además no podrá meter las narices ya en nada! ¿No es eso, Harriett?

—No... te comprendo...

— ¡Claro que me comprendes! Como comprendí yo, de pronto, al dejar de mirar a Manning y veros juntas a las cuatro, y, detrás, a Dave. En ese momento tuve un cortocircuito...

— ¿Un qué?

—Yo me entiendo, eso no te importa. De pronto, vi a Dave Gibbons al fondo, y a vosotras cuatro juntas, sanas, hermosas, elegantes, llenas de vida... ¿Qué crees que pensé en ese momento? Pues me dije: «Aquí las tienes, las cuatro solas, sin hombre alguno que las pueda controlar...» Ese fue el cortocircuito: sólo quedaba con vosotras un... hombre: Dave Gibbons, hermano de Emily. Con él os podríais entender, pero los otros cuatro habían sido eliminados, cada uno de una manera. Y digo los cuatro porque tengo la seguridad de que la muerte de Walter Ambler, el marido de Grace, en el mar, no fue accidental. Aquel pobre hombre fue agarrado por los pies mientras nadaba, arrastrado al fondo, ahogado, y luego dejado entre unas algas enredado... Aquí tuvo que intervenir Dave, pero le ayudasteis alguna de vosotras, las que no estuvieseis distraiendo a los otros hombres. Walter Ambler fue el primero, hace meses. Luego, siguió el lento plan para quitar de en medio a los demás. ¿Cierto?

—Lo que estás... diciendo es... es monstruoso...

— ¿Monstruoso? ¿Y cómo llamarías a lo que tú has hecho de mí desde que me conociste «casualmente»?

—Nat, no puedes...

— ¿Monstruoso? Escucha algo monstruoso: lo que hiciste conmigo, simulando un encuentro casual en la librería, cuando en realidad me estabas acechando... Necesitabais un tipo como yo para que diese la cara a fin de encarrilar a la policía como vosotros queríais, y fui elegido, porque te parecí el más desgraciado... ¿No es así?

—No... ¡No!

—Sí. Es así. Jamás te habrías casado conmigo. Habrías seguido la comedia unas semanas más, y finalmente, habríamos roto... ¡Vamos, vamos, ya no es tiempo de mentir, Harriett! Lo teníais todo preparado para deshaceros de todos los hombres menos de Dave, el manejable, el que sería vuestro... director económico, pero sin poder alguno sobre vosotras. El sería todo en la empresa: director, presidente, artista... ¡Todo! Y vosotras... ¡Yo qué sé! Supongo que estabais hartas de los hombres que os mantenían encerradas en un círculo social y

económico, que no erais tan libres como hubieseis deseado...

—Todo lo que has dicho es mentira... ¡Es mentira, jamás podrías probarlo!

— ¿Jamás? Bueno, en primer lugar te diré que después de tener el cortocircuito en la clínica, y después de despedirme de ti allí, me puse a pensar muy seriamente. Me puse en lugar de Vallance. Supuse que yo había matado a Kenwell por las fotografías. En ese caso: ¿iba a salir de la habitación como un tonto, sin buscar las fotografías, manchado de sangre, llevándome el cenicero...? ¡Vamos...! Luego, ¿iba a escapar en pijama, como pareció que había hecho Vallance, teniendo a mi alcance ropa, dinero y coche? Pero todavía llegué más al fondo, todavía fui más extremista y excéntrico: me puse en lugar de Emily. Y me pregunté: ¿realmente tiene tanta importancia que yo contente también a Jasper Kenwell en la cama? ¿Qué más da, si ya estoy jugando con Vallance? ¡Tendré dos encantadores amantes, y me divertiré en grande! Eso es lo que pensé poniéndome en el lugar de una golfita como Emily... ¿Estaba equivocado, Harriett? ¿De verdad?

—Todo es mentira... —sollozó Harriett—, ¡Jamás podrás probarlo!

—Pero nena, ¿no entiendes que si te he dicho todo esto es porque estoy seguro? No creas, me costó creer en todo lo que había deducido, así que quise asegurarme. Fui a ver a Dawson, y le dije que esta mañana, mientras todos estábamos ocupados con el entierro, él fuese a tu casa con una orden judicial y la registrase, basándose en que buscaba más pruebas sobre la muerte de Kenwell. Le dije a Dawson que buscase sobre todo en el salón, pues no podían tener mucho radio de acción después de matar a Vallance. Y, Harriett, si Dawson ha venido es porque ha encontrado el cadáver de Vallance, y se os va a llevar a todos. ¿Lo entiendes? ¿Lo entiendes ahora?

Harriett Lovinson rompió a llorar, de pronto. Scrane notó uno de aquellos feroces mordiscos en el estómago, y su rostro se desencajó, su mano se alzó para descargar el fortísimo golpe...

Pero, de pronto, la mano cayó, pareció que también sus hombros se hundiesen. Dio media vuelta, y se dirigió hacia la salida del cementerio. Se metió en el «Toyota», encendió un cigarrillo con manos temblorosas, y se fue.

## FINAL

— ¿Qué tal? —saludó Dawson, casi consiguiendo sonreír.

—Pasa —se apartó Scrane de la puerta—. ¿Quieres beber algo?

—Bueno. Ya sabes.

El teniente Dawson se sentó en un sillón. Scrane le sirvió un whisky con agua, y se sentó en el suyo, con un vaso de whisky puro en una mano. Dawson bebió un trago.

—El cadáver de Vallance estaba en el sofá. Había sido preparado con maderas dejándolo hueco, y colocando los almohadones encima —dijo de pronto—. Estaba metido en una gran bolsa de plástico herméticamente cerrada. Tenía algunos golpes en la cabeza y orificios de punzón en el corazón... ¿Qué creerías que han dicho ellas, las cuatro?

— ¿Qué?

—Que estaban hartas de no disponer libremente de su dinero y de sus vidas, que el mundo es demasiado grande y hermoso para disfrutar sólo de parte de él y sólo de un hombre.

—Bueno, quizá tengan razón —sonrió Scrane.

—En mi vida he conocido... alimañas semejantes, Scrane. ¡Y llevo más de veinte años en la Policía! ¡Ah, y desde luego, Walter Ambler también fue asesinado, como tú dijiste...! Todo como tú dijiste.

—Soy un tipo listo, ¿verdad? —sonó amarga la voz de Scrane.

—Desde luego. ¡Ojalá yo...!

El timbre del teléfono sonó amortiguado, procedente del despacho. Scrane parpadeó. Luego, se puso en pie rápidamente, y fue al despacho. Cuando salió de allí apenas medio minuto más tarde, no regresó a reunirse con Dawson, sino que fue directo a su dormitorio. Cuando Dawson llegó al dormitorio, Scrane estaba metiendo cosas en su bolsa de viaje. Carey Dawson palideció.

— ¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Preparo mi equipaje.

—Scrane, no seas loco. Olvida...

Scrane se volvió hacia él como si le hubiese mordido una víbora, y Dawson enmudeció, sobresaltado.

—No me da la gana de olvidar nada —jadeó Scrane—, Y te diré otra cosa, teniente: ¿por qué no te vas a la mierda y me dejas pasar? Dos minutos más tarde, Scrane partía en su «Toyota».

**FIN**

# GAÑE 1.000.000 DE PESETAS GRAN CONCURSO MENSUAL

CUPON VALIDO SOLO PARA ESPAÑA

ESCRIBA SUS DATOS PERSONALES ( EN MAYUSCULAS )

NOMBRE .....

APELLIDOS.....

CALLE.....No.....

POBLACION .....

PROVINCIA.....

DATOS DEL QUIOSCO O LIBRERIA.....

PLAZA O CALLE .....

POBLACION .....

PROVINCIA.....

- INSTRUCCIONES DEL  
CONCURSO EN EL INTERIOR.



8 410018 029603

**BRUGUERA**

PRECIO EN ESPAÑA  
75 PTAS.  
IMPRESO EN ESPAÑA

